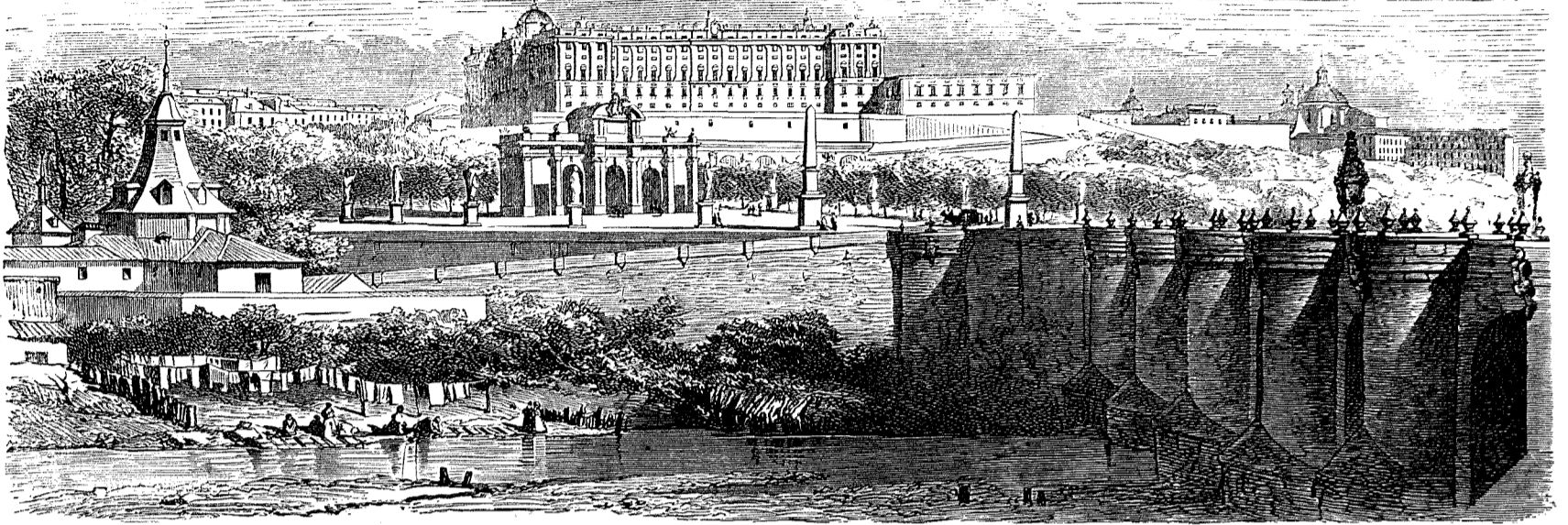


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE MAYO DE 1871.

NÚM. 34.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—El Ateneo por dentro, por D. Roberto Robert.—Don Satustiano de Olózaga, por D. A. Fernandez de los Rios.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Monreal.—El tren expreso (conclusion), poema, por D. Ramon Campoamor.—Hablemos de mi asunto, por D. Fernando Martin Redondo.—Banquete del 16 de mayo, por D. Francisco M. Tubino.—Pensamientos sueltos (poesia), por D. M. Ortiz de Pinedo.—Tabla antigua—Entierro de San Pablo, primer ermitaño, por D. F. F.—Don Francisco Santa Cruz, por D. R. Corredá.—Metamorfosis (poesia), por D. Manuel de la Revilla.—Inauguracion de la exposicion artistica é industrial, en el Parque de Madrid.—Cartas fashionables, por Asmodeo.

GRABADOS.—Tabla antigua, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Banquete del 16 de mayo, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Inauguracion de la exposicion artistica é industrial en el Parque de Madrid, dibujo del mismo.—Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, Presidente del Congreso de los Diputados, dibujo de D. A. Perea, fotografía del Sr. Laurent.—Excmo. Sr. D. Francisco Santa Cruz, Presidente del Senado, dibujo del mismo, fotografía del Sr. Laurent.—El Sastre de aldea, dibujo de D. Valeriano Becquer.—La carta de recomendacion, dibujo de D. Valeriano Becquer, pasado á la madera por D. Plácido Francés.—Panteon de la familia del marqués de Espeja, dibujo del anciano Pi de Leopold.

ECOS.

Todos los años hago mi visita á San Isidro, con objeto de admirar los progresos de la alfarería española y de la fabricacion nacional de santos de barro. Y efectivamente, las alcarrazas y botijos, y los piadosos monigotes que la industria expone anualmente en aquel sitio, responden al constante perfeccionamiento que en las artes liberales imprime el siglo XIX. Este año la cerámica peculiar á la famosa romería ha ofrecido grandes novedades. Ignoro quién sea el feliz mortal que haya adquirido cierto botijo con diez pitones, fabricado, segun me dijo el vendedor, con objeto de que pudieran beber otras tantas personas, formando corro y á un tiempo. Respecto á los adelantos de la escultura, especialmente en las relaciones de este arte con la indumentaria, todos los romeros hemos tenido ocasion de ver algunas imágenes de San Isidro en que se representa á este humilde varon con sombrero de copa.

Iguals progresos se notan en la confeccion de las roquillas, y especialmente en la fabricacion de silbatos. Éstos han cobrado tal importancia, que apenas se encuentra alguno hecho de barro toscó. Todos son de vidrio, adornados segun la fantasia más ó ménos oriental de sus fabricantes. Ví comprar un silbato que me pareció ser un árbol de cristal cubierto de la más espléndida vegetacion de flores y papel pintado que puede imaginarse. Cada hoja era el retrato de un torero, y las

flores estaban hechas con fotografías de los personajes más importantes de la *Commune*. La vista de este árbol demagógico y tauromáquico me produjo un efecto tan terrible como la de un *manzanillo*. Hombre de sentimientos pacíficos, y favorecedor al propio tiempo de la industria, compré en aquel solemne dia, por seguir la costumbre, uno más sencillo, de excelentes condiciones musicales y desprovisto de toda alusion política.



TABLA ANTIGUA.

Se dice que Portugal nos es más desconocido que la China. Conocemos el país de los chinos por los abanicos, las porcelanas, las barras de tinta, los juegos de té y los mil objetos primorosamente trabajados en pasta de arroz, ó por las telas con primor borbadas de que se visten los mandarines y demas gentes de viso del celeste imperio; pero sólo conocemos á los portugueses por algunos cuentecillos mal intencionados, en los que se nos presentan como tipos de estolidez ó de arrogancia, defectos ambos que los pocos españoles que hemos estado en Portugal sabemos muy bien no tienen sus habitantes. Hasta la famosa muralla de la China ha sido para nosotros ménos inexpugnable que la línea puramente imaginaria que constituye la frontera entre los dos pueblos de Iberia.

Por dicha, un abrazo fraternal ha unido estos dias á españoles y portugueses, que al fin empiezan á conocerse y estimarse. Bien pronto, con ocasion de los juegos florales que deberán tener lugar en Lisboa, España devolverá su visita á Portugal, admirando aquella tierra tan hermosa como el mejor pedazo de la nuestra.

Miéntas tanto, los que quieran conocer el estado actual de las costumbres, la literatura y las artes del vecino reino, lean, si les place, la obra que con el título de *Lisboa en 1870* acaba de publicar D. Gonzalo Calvo Asensio, llena de curiosas noticias, de imparcialidad y de discretas observaciones.

**

Un episodio de la última corrida de toros.

Habia caído en tierra, atravesado el vientre de algunas cornadas, un infeliz caballo, de esos que sólo allí se ven, tan mísero y

endable, que podía dudarse si antes de sacarlo el contratista á la plaza había ya despachado la carne, entregando tan sólo al picador una osamenta galvanizada. Había, pues, caído, sin que pudiera levantarse, y varios mozos de los que hacen de espollistas de los picadores se llegaron á él y empezaron á varearle de tal modo, que si hubiera sido de lana no lo hubieran hecho mejor. Inútil vapuleo, porque el caballo no podía ya con la débil armazón de sus huesos.

Al observar el público esta escena, un grito de indignación llenó la plaza, é increpando á los apaleadores con los epítetos más enérgicos del repertorio literario de la tauromaquia, les obligó á dejar morir en paz á la víctima. ¡Bravo, bravísimo! ¡Corazones sensibles!!!

Verdad que momentos antes, aquel mismo público había aplaudido con entusiasmo cuando el toro una y otra vez y con soberbio empuje hundía el asta en el vientre del pobre jaco, revolviéndola enfurecido: verdad es que el público reía á carcajadas cuando el desdichado animal corría desesperado por el circo atropellando sus propias tripas... pero ¡tolerar que recibiese por vía de apéndice algunos varazos que le desflorasen la piel!... ¡Horror! Eso ¡nunca!

Fenómenos del sentimiento.

Por un encadenamiento de ideas que sería difícil de seguir, este asunto que acabo de tratar me traslada á otros pensamientos que no parecen acaso con él lógicamente relacionados. Trasládame al museo anatómico de cierto médico célebre en España y fuera de ella, honor de su patria, y cuyo nombre no apunto por ser de todos conocido. Ese museo ha sido visitado por los portugueses durante la breve estancia de éstos en Madrid, y á diferentes personas he oído manifestar cierta estrañeza de que los viajeros lusitanos hayan visitado una curiosidad de esta especie, no habiendo visto otras de más importancia.

Los que así piensan padecen un gran error. No hay objeto más importante ni curiosidad más notable y digna de ser visitada que el hombre, y visitar un museo anatómico no es más que visitarlos á nosotros mismos.

—

No es de estrañar, sin embargo, que muchos crean de poca importancia el exámen de los objetos que forman un museo de aquella especie, porque en punto á estudios anatómicos estamos en la más deplorable ignorancia. ¿Qué mujer se cuida de la construcción más ó menos higiénica de su corsé? ¿Qué sastre somete la moda á la aprobación de algun anatómico? El zapatero hace botas sin saber lo que es un pié; el peluquero corta el cabello sin saber lo que corta, y el mozo de fonda se eterniza trinchanto un pavo, y le hace saltar como vivo desde la fuente al chaleco de algun convidado, por no haber aprendido previamente donde tiene las *coyunturas* aquel animalito.

—

Capítulo de una novela que no se escribirá nunca, y que prueba... la influencia de las rosas en el estudio de la anatomía:

Hace algunos años, convencido de cuanto anteriormente deje escrito, quise dedicarme á tan necesario estudio, y con tal objeto me dirigí á casa de mi médico. Tiré del cordón de la campanilla. Abrieron.—¿El señor, está en casa?—No, señor; pero pase Vd. y esperele si gusta.

Entré en el despacho, y lo primero que hirió mi vista fué el esqueleto de un hombre, miento, que segun recordé haber oído al dueño de la casa, era, no de uno sino de muchos, pues estaba formado á escote de varios difuntos: esqueleto que era un resumen de la humanidad y de la sociedad al propio tiempo: los huesos de la mano habían sido de un asesino; los del pecho de un militar; los de la espalda de un mozo de cuerda; los de las piernas de un bailarín, y la cabeza de un hombre de Estado: original edificio, broma de un hombre familiarizado con la muerte, capricho de médico un si es no es exéptico y un mucho filósofo.

La vista de aquel esqueleto me impresionó terriblemente, como sucede siempre que nos vemos por primera vez ante nosotros mismos tan tristemente mermados y consumidos.

El esqueleto, herido por la luz del sol que entraba esplendorosa por el entreabierto balcon, tenía la blancura del marfil; pero se dibujaba en la pared con tal fuerza, que su sombra parecía una gran caricatura de hombre trazada con carbon ó tinta.

Yo estaba solo con el esqueleto, y... por qué no he

de decirlo... nunca me he encontrado en más incómoda compañía.

De pronto rechinó una puerta. Se me erizaron los cabellos y me estremecí de piés á cabeza. Nada ocurría, sin embargo, que justificase mi espanto. Muy al contrario, acababa de entrar en la habitación una hermosa niña de ocho ó diez años, blanca, rubia, de ojos azules como el cielo y dulces como el recuerdo de mejores días: así deben ser los ángeles. Tan bella era que, sosegado mi espíritu, la dí un beso sin caer en la cuenta de que tambien ella llevaba un esqueleto dentro. Era la hija del médico.

—Dame esa flor, me dijo, señalando una rosa que tenía yo en el ojal de la levita.

—Te la daré, si la has de llevar hoy á paseo entre tus cabellos de oro.

—Te lo prometo; pero como no estoy peinada aún para salir, la voy á poner hasta entónces... ¿dónde la pondré yo? ¿dónde la pondré? se preguntaba á sí misma paseando la vista por el gabinete.

En esto entró mi sabio amigo y le comuniqué mis intenciones de dedicarme al estudio de la anatomía.

—Sepa Vd., le dije, que me da vergüenza tener que llamar á otro hombre cuando me duele algó en el cuerpo para que me diga qué es lo que me duele.

—Lo comprendo; pero es ya tarde para Vd. Usted es un hombre impresionable, algo propenso á ver las cosas bajo un prisma fantástico; tiene Vd. una imaginación extraviada por su afición perniciosa á las obras de los poetas y los novelistas; Vd., en fin, no puede ya estudiar con provecho la anatomía. Hace años, cuando su cerebro de Vd. estaba aún limpio de esas aberraciones, hubiera podido ser... pero... ¿qué estás haciendo, Clarita?

Clarita había puesto mi rosa, fresca, viva, llena de luz y de ricos matices... en una de las descarnadas, frias, inmóviles y amarillentas manos del esqueleto, que á su vez parecía querer devolvérsela galantemente. Aquel contraste de la rosa y el esqueleto tenían algo horriblemente diabólico, cruel y siniestro que destrozaba el alma.

En cuanto á Clarita, se reía de la ocurrencia. Hubiera yo recogido la rosa... pero no sé qué inexplicable terror me impedía acercarme al esqueleto. Me contenté, pues, con decir al médico despidiéndome de él con cierto desvío:

—Entónces... si esa es la opinion de Vd., renuncio al estudio de la anatomía.

Valeriano y Gustavo Becquer, cuya muerte nunca llorarán bastante las artes españolas, habían comenzado á recorrer varias provincias de España sin otro propósito que el de estudiar gráficamente las costumbres y los tipos más característicos de cada una de ellas, y de formar un magnífico album dibujado por el primero, al que debían acompañar artículos y poesías del segundo.

Llegaron ambos hermanos á un pueblo de la provincia de Soria provistos de una carta de recomendación que el gobernador les había entregado para que el alcalde les prestase la protección y buena acogida de que podían necesitar en el desempeño de la amenísima tarea que se habían impuesto: el grabado que hoy publicamos y que lleva por título *La carta de recomendación*, representa la visita de los dos hermanos á la autoridad municipal del lugar. Valeriano encontró la escena digna de ser trasladada á su cartera, y así lo hizo con la gracia y carácter típico que eran sus mejores condiciones artísticas.

—

¡El sastre de aldea! ¡Otra hoja de la cartera de Becquer llena de color, de verdad y de vida! ¡Escena robada por su lápiz á nuestras costumbres nacionales que el tiempo va modificando y que desaparecerán pronto!

En las ciudades, los hombres que se juzgan bien educados mudan de trajes dos ó tres veces al día. No hablemos de las mujeres, porque estas no hacen más que vestirse y desnudarse. El hombre culto, Proteo de la civilización, cambia de forma á cada momento, y sólo en fuerza de nuestras grandes facultades intelectuales y de la costumbre, podemos conocer en el sér humano que por la noche nos saluda de negro frac y aplastado *gibus* al que por la mañana estaba asomado al balcon de su casa en bata persa, gorro turco y zapatillas suizas. Pero en las aldeas es muy diferente: vecino hay de quien puede decirse que los pañales le sirven de mortaja; su primer traje viene á ser la corteza de su individuo, de que sólo puede despojarle el tiempo haciéndola caer á pedazos como la de los árboles. En ellas la capa del honrado labriego no es sólo una prenda de vestir que le calienta en invierno y le refresca en verano, sino un monumento: es una capa *genealógica*, y cada uno de los

remiendos de diverso color y paño que la ilustran, es el epitafio de un individuo de la familia. ¡Cuántas veces la familia se extingue al cabo de algunas generaciones y sólo queda como recuerdo de ella, colgada en la desierta pared y á manera de un crespon de duelo, aquella capa inmortal que no han podido destruir las lluvias ni el sol de los siglos!

Es natural que apénas haya sastres donde casi no hay parroquianos. Esto sucede en aldeas como la de Soria á la que el dibujo que nos ocupamos se refiere. El sastre no tiene taller fijo; nuevo judío errante, y seguido de un par de aprendices, va recorriendo la comarca. ¡Feliz él cuando llega á cualquier pueblo en ocasión como la presente, en que la boda de la hija de la casa exige la sabia renovación de la habitual corteza de una bella aldeana! ¡Con qué satisfacción llena de suficiencia hace del suelo mesa y estiende el paño del manteo que al ir á la iglesia lucirá la muchacha, deponiendo hácia el siniestro lado la vara de medir, discreta cómplice de sus sisas, y al derecho la plancha y la esportilla de útiles y retales! ¡Con qué mezcla de placer y de temor sigue la madre el vuelo de la tigera del sastre, satisfecha de lo que éste lleva cortado, pero aún temerosa de que un desliz *cisográfico* eche á perder aquel soberbio trozo de paño! ¡Y cómo cosen los aprendices! ¡Y cómo hablan; ventana de por medio, la dichosa novia y las curiosas vecinas! ¡Qué fondo! ¡Qué luz! ¡Qué carácter! ¡Es un dibujo de Goya!

Un antiguo amigo y compañero mio, notable periodista y jurisconsulto de talento, ha publicado en *El Imparcial* un artículo pidiendo que el busto del rey sea sustituido en la moneda por inscripciones de máximas morales.

Por ejemplo: *El bien supremo de las sociedades civiles es la libertad. La vida del hombre en la tierra se parece á un viaje hecho en el trascurso de una noche.*

Cree conveniente mi amigo que los ciudadanos tengan presentes en todos los actos de su vida saludables preceptos.

Si se adopta esta reforma, propongo que en vez de enviar los criminales á que se purifiquen en la cárcel, se les haga empleados de Tesorería ó pagadores de Banco.

En ningún lado podrían iluminar y fortalecer su espíritu, aprender á amar la virtud y aborrecer el vicio como en aquellas dependencias, vaciando esportillas de máximas morales.

El mausoleo de la familia del marqués de Espeja es uno de los más notables que existen en los cementerios de Madrid, tan escaso en este género de obras artísticas. Está en el de la Sacramental de San Luis.

El dibujo que le representa ha sido hecho por el decano de nuestros dibujantes, el Sr. Pí de Leopol, que apesar de su edad avanzadísima maneja el lapiz con gallardía y soltura.

Hace dias leí en un diario de Barcelona que los oficiales de peluquero de aquella capital se habían declarado en huelga.

Por fortuna este descabellado acuerdo cesó no bien se hizo entender á los susodichos oficiales que estaban haciendo la causa de la oposición, es decir, de los calvos.

Un profeta alemán asegura que el fin del mundo ocurrirá el 25 de abril de 1886.

Estamos en 1871... uno... dos... tres... faltan quince años.

Lo aviso á los que venden fincas ó prestan dinero para que no presten ni vendan á más largo plazo.

Dice un diario madrileño que han sido contratados para los jardines del Buen-Retiro no recuerdo qué tiple, tenores y barítonos.

¡Cielos, si pensará el jardinero hacer allí plantaciones de cantantes de zarzuela!

Le recomiendo entónces que interpole entre las demás plantas la conocida con el nombre de *triple relativa*, por esencia *criptogama*, y á la que suele mostrar gran afición el público de los Bufos que, científicamente hablando, es soberanamente *cucurbitáceo*.

¡París! ¡París!! ¡Pobre París!!!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

EL ATENEO POR DENTRO.

SALON DE SESIONES.

Si evitais la proximidad de los Congresos políticos, temerosos de las tormentas que en sus senos se fraguan; si os alejais de los cuarteles, preñados de mortíferas armas; si os causan pavor los sordos sacudimientos de la Bolsa, entre cuyos vaivenes naufragan los caudales, amparaos del Ateneo: allí está el oasis.

Allí quisiera yo ver resucitados á los que han vivido en la contemplacion estéril; á los que acabaron despedazados al tomar un reducto; á los que se consumieron en el vano empeño de constituir imperios imposibles; á los que cerraron los ojos creyéndose poseedores de fórmulas políticas ó filosóficas, definitivas é inmutables.

El salon de sesiones del Ateneo es escuela de cortesía, es noviciado de tolerancia, es albergue hospitalario y oficina donde se aquilatan las ideas, los sistemas y los procedimientos.

Madrid es frívolo, dicen, Madrid absorbe y no fecunda; pero no es cierto, ni puede hablar así el que considere que hay en Madrid una cátedra frecuentada por hombres que saben y estudian, y desde ella comunican á los demas sus convicciones, les exponen sus dudas, les anticipan aquellas materias que han de ser objeto de inmediatas investigaciones, irradiando el pensamiento desde aquel foco á todas las esferas intelectuales.

Basten para el proceso de Madrid sus defectos ciertos; pero no le achaquemos los que no tiene; siquiera por decoro patrio, reconozcámosle sus buenas cualidades, y en esta buena disposicion de ánimo recordemos que últimamente las secciones del Ateneo sostuvieron debate sobre asunto de tan grave importancia y tan fecundo como su enunciaci6n indica: *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*; y si por especiales consideraciones no pareciese bien á todos ese tema, recordemos que trataron también de los *Caracteres de las razas latina y germánica y su relacion con el catolicismo*.

En el primer asunto, los que pertenecen al campo prehistórico (no todos materialistas) han dado tantas muestras de templanza y comedimiento como de saber, y los espiritualistas, aun los más exigentes, han confesado, sin odiarla ni desdeñarla, la poderosa fuerza del siglo, que, tan laborioso como calumniado, perfecciona de día en día los instrumentos y los medios indispensables para llegar al conocimiento de las verdades más útiles.

La palabra de Vilanova escuchada con religioso silencio, órgano de una inteligencia nutrida de sano saber, ¿por ventura sirve sólo para despertar ecos estériles? ¿No labra en los entendimientos? ¿No ejerce un dominio poderoso y benéfico, merced al suave privilegio con que la verdad lo rinde todo á su imperio?

¿O acaso cuando levanta la voz Moreno Nieto puede decirse lo que él tan bellamente dice, si se han malogrado los días en el ocio ó en frívolas imaginaciones? Y Tabino y Canalejas, y Revilla y Perez, y Hernandez Salazar, y Pisa, y Pelayo Cuesta, y Feu y Vidart; los unos prehistóricos (al tratar el primer tema) y los otros espiritualistas; los unos simpáticos al germano, los otros al latino (al tratarse el segundo), católicos y racionalistas, en fin, ¿no devolvieron con creces al campo de los conocimientos sólidos lo que de él habian tomado para formarse y perfeccionarse?

Siempre fué el Ateneo de Madrid un centro de agitaciones pacíficas; no recordamos período alguno en que no se haya afectado con los sucesos y las encontradas corrientes de ideas; y sus conferencias públicas han alcanzado una resonancia que seria ocioso encarecer, y el público no se ha mostrado sordo ni indiferente á la patriótica solicitud de los hombres que desde aquella cátedra han propagado la afición á saber, á examinar, á proponer problemas y á allanar el camino para las soluciones.

Respetamos los motivos que haya podido tener esa Corporacion para no haber publicado una *Revista* que comunicase á mayor número de españoles la noticia de lo que en su seno se elabora de continuo; pero lamentamos de todas veras que carezca el público en general de ese trabajo, que podría ser un auxiliar eficazísimo de la civilizadora tarea, emprendida tan á buen tiempo, y con tan laudable constancia continuada por los que se consagran en aquel recinto al cultivo de la filosofía, la historia, las ciencias y las letras.

En las conferencias públicas del Ateneo ocupó hace años Castelar la atencion de los oyentes, examinando desde el punto de vista democrático los cinco primeros siglos del cristianismo, y aun parece que los ecos repi-

ten los acentos de aquella grandilocuencia que con tanta gloria de España ha ilustrado la cátedra y la tribuna parlamentaria, el libro y el periódico.

Y desde el radicalismo de Castelar hasta el que más opuesto le sea, todas las gradaciones, todos los matices han dejado allí como una muestra de lo vario que es el criterio humano y de los innumerables aspectos con que se le presentan los fenómenos que le estimulan al ejercicio.

Ultimamente se han hecho oír el vizconde del Ponton que, siguiendo las huellas del doctrinarismo británico, ha explicado la historia de Inglaterra; el padre Sanchez, que ceñido á las severas líneas del catolicismo, trató aún no há mucho del sitio de París; y alrededor de cada asunto grave se han agrupado otras muchas inteligencias, combatiendo mutuamente, siempre con armas corteses, tolerándose con benévola disposicion de ánimo y aun aplaudiendo en el adversario los aciertos, y reconociéndole las cualidades sobresalientes.

En este año, que no ha sido de los ménos laboriosos, ha tratado de filosofía de la historia el antiguo director de *El Clamor Público*, D. Fernando Corradi, que con buena copia de conocimientos y buen sentido crítico, recordó muy oportunamente la necesidad de que los partidos no se comprometan á más que hayan de realizar en el poder, ni eludan, al ejercerlo, ninguno de sus compromisos. Sus lecciones fueron en cierta parte como un eco de aquellos tiempos en que era una esperanza lisonjera el progresismo.

Canalejas, académico novel, pero de largo tiempo versado en letras, ha dicho de teodicea popular, ponderando la esterilidad del cartesianismo y el eclecticismo franceses para llegar al conocimiento de lo absoluto; mostrándose Anselmista, aunque combatiendo el panteísmo, pero de tal suerte que á veces parecia pelear dentro del campo del contrario. Convencido de lo difícil de su empresa, pelea con bríos, esgrimiendo finas armas, y no queremos decir si en efecto se le quiebran algunas de puro finas, porque no es nuestro propósito hacer exámen de ello, si bien recordamos que hay quien le encuentra hegeliano cuando combate á Hegel y le toma por amigo de Fichte cuando á Fichte combate.

Vilanova ha vulgarizado los estudios geológicos, examinando con su claro talento á Darwins y Lamarque. Empéñase en armonizar la ciencia geológica con la tradicion bíblica, y en caso de ser cierto que no siempre la ciencia se le muestra dócil al par de sus deseos para ese maridaje, tampoco echaríamos la culpa de ello al que con tan buen deseo lo solicita y procura.

Brabo y Tudela ha comunicado á sus oyentes el concepto que le merecen la elocuencia cristiana en los primeros siglos de nuestra era, pagando el principal tributo de su admiracion á San Juan Crisóstomo y San Agustín.

Y Cánovas haciendo la crítica de germanos y latinos, y profetizando con una potencia intelectual vigorosísima, el triunfo de los ejércitos de Prusia; Fernandez y Gonzalez estudiando á los árabes en España; y Amador de los Rios ocupándose de las desdichas de los judíos en España y Portugal; y Benavides refiriendo con extraordinario atractivo los sucesos políticos acaecidos en nuestra patria desde 1820 á 1823; y Galdo en sus lecciones de historia natural aplicadas á Egipto; y Bardon ilustrando sus antigüedades; y Castro y Serrano discutiendo sobre esa region misma con aquel encanto que toda España admiró en él recientemente, y Torralba exponiendo la influencia de Cristo en la civilizaci6n, todos han atraído un público numeroso y atento, han contribuido á sostener el buen nombre del Ateneo, y han dado á Madrid y á España un carácter de pueblo culto é ilustrado que acaso no siempre se nos reconoce desde cierta distancia, por los que ignoran la trasformacion que ha experimentado la España de 1800.

Quizá lo avanzado de la estacion haya sido causa de que no prosiguieran las conferencias sobre la propiedad, á que ya habian dado tan feliz comienzo Moreno Nieto, Feu y Revilla. Y lo sentimos. Antes que la prensa diaria, antes que otros órganos de la opinion lancen á la pública palestra el delicado problema, seria de desear que hombres tan entendidos como los ya citados, y cuantos pudieran ilustrar la materia, tomasen á su cargo el exámen de todas las teorías que con visos de valor positivo se refieren á lo que vuelve á ser hoy, pero en un concepto más racional y más elevado que nunca, objeto de lucha en la sociedad.

El espectáculo que ofrece el salon de sesiones del Ateneo es verdaderamente consolador, y aún me arriesgaré á decir que inspira cierto orgullo á los que calculan la importancia de lo que allí se hace y consideran que todo aquello es fruto del esfuerzo individual.

No hay fiesta, por atractiva que sea, que deje vacíos

aquellos asientos, la noche en que el Ateneo abre sus puertas al público; y cuando la oportunidad, ó la novedad, ó lo extraordinario del tema dan interés privilegiado á la sesion, no ya los asientos: los pasillos y las salas contiguas y las escaleras rebosan de hombres capaces de comprender, ansiosos de mayores conocimientos, atraídos por objetos dignos de un pueblo no sólo culto, sino también amante del verdadero progreso, y dispuestos á preparar las vías que hayan de recorrer las generaciones que nos sucedan.

Los aplausos que allí se alcanzan siempre son producidos por sentimientos nobles y desinteresados; las batallas que allí se ganan son las únicas de que todos podemos gloriarnos, y las reputaciones que allí se cimentan no se desvanecen fuera de aquel recinto.

ROBERTO ROBERT.

DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

Sr. D. Eduardo Gasset Artime.

Mi querido amigo: Ocho años hace que, á pretesto de la biografía de Olózaga, escrita por encargo con que me honró el partido liberal, entregué al tribunal de la opinion cierto proceso histórico, fundado en documentos y pruebas, ante las cuales se estrellaron los rigores de la censura de aquellos tiempos: el recuerdo de ese libro es, sin duda, el que mueve á Vd. á pedirme ahora diez cuartillas, para servir de pretesto al retrato del Presidente del Congreso de Diputados que ha de estamparse en LA ILUSTRACION DE MADRID. Me fué fácil, ocupándome de Olózaga, ir haciendo la historia de la guerra á los principios liberales, constantemente seguida desde principios de este siglo, pero es punto ménos que imposible bosquejar en estas líneas, escritas para acompañamiento de una lámina, la biografía de un hombre cuya vida está íntimamente enlazada con tan larga serie de sucesos, desde el reinado de Fernando VII.

¿Se quiere saber algo de los primeros pasos políticos de Olózaga? Es preciso volver la vista muy atrás, remontándose hasta el alzamiento de 1820.

¿Se desea una relacion de sus extraordinarios servicios á la patria? Hay que seguirle desde los diez y siete años, hay que acompañarle á Sevilla y Cádiz en 1823.

¿Debo contar sus padecimientos por la idea liberal? Tendria que ir á buscarle á la cárcel de Villa en visperas de subir á la horca, que el absolutismo levantaba para él en 1831; tendria que referir menudamente sus tres grandes emigraciones, con todos los inmensos peligros que las rodearon.

Es tan especial, está tan llena de sucesos importantes la vida de Olózaga, que no hay forma de encerrarla en un boceto; requiere un gran lienzo donde quepan juntas su biografía y, cuando ménos, una reseña histórica de los dos últimos reinados.

Gobernador de Madrid, no se puede hablar de su administracion excepcional sin recordar lo que contribuyó á trasformar el espíritu público, la parte que le corresponde en la extincion de las comunidades, el cambio de aspecto que le debe la capital de España, lo que trabajó para proporcionar elementos á las armas liberales, empeñadas en aquella triste guerra que nos hicimos los españoles, disputando si habia de sentarse en el trono un príncipe que no supo alcanzarle, ó una princesa que no ha podido conservarle.

Fiscal del tribunal supremo de Guerra y Marina en 1836, aun en este puesto, en cierto modo pasivo, es preciso recordar su actitud extraordinaria.

Alcalde primero de Madrid en 1840, hay que reseñar nuevos y singulares servicios prestados á la corte.

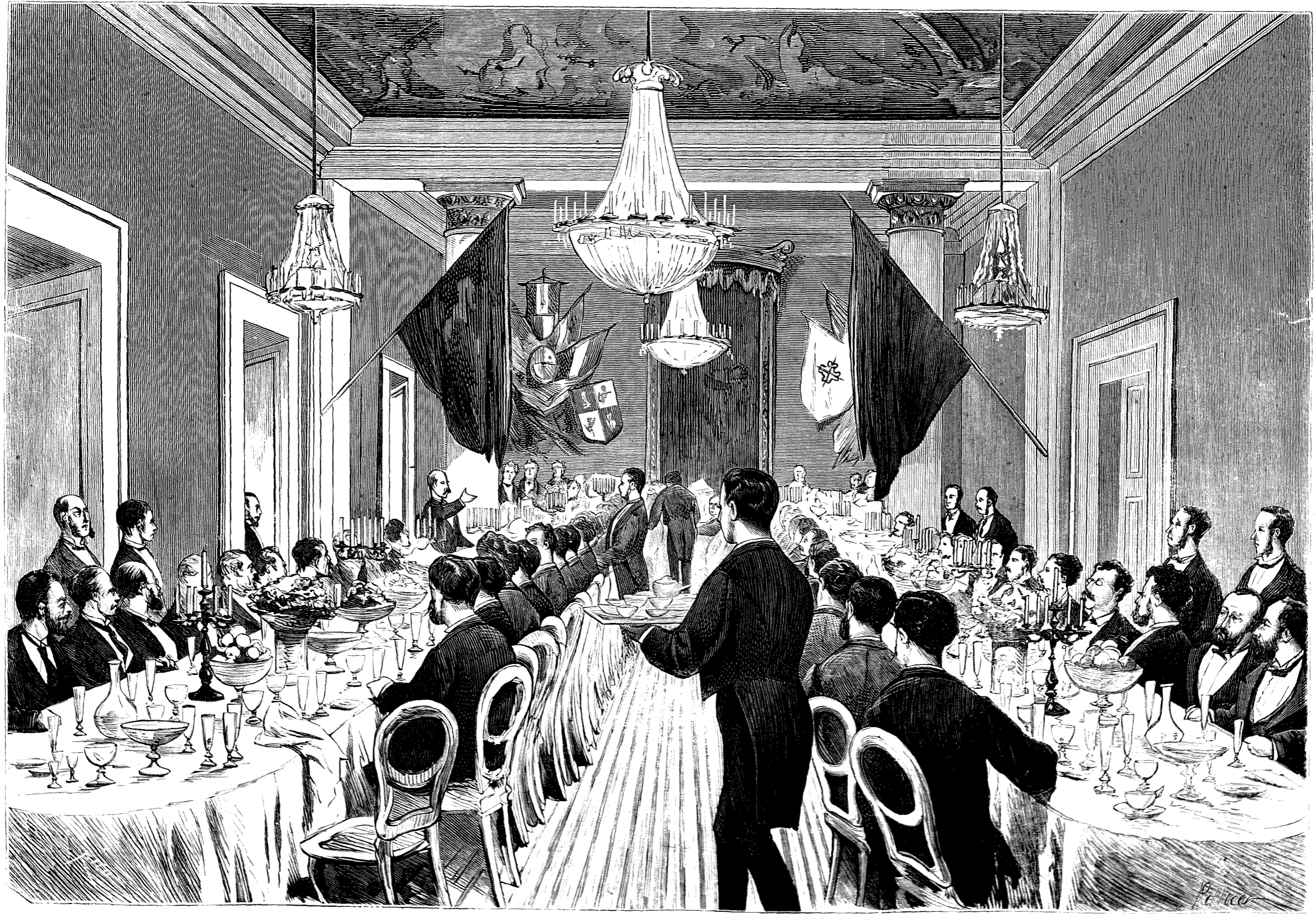
Embajador en París en 1841, habrian de referirse los relevantes merecimientos y los útiles trabajos premiados con la gran Cruz de Carlos III.

Comisionado el año 42 en mision extraordinaria á Bélgica, seria preciso explicar á qué debe la gran cruz de Leopoldo.

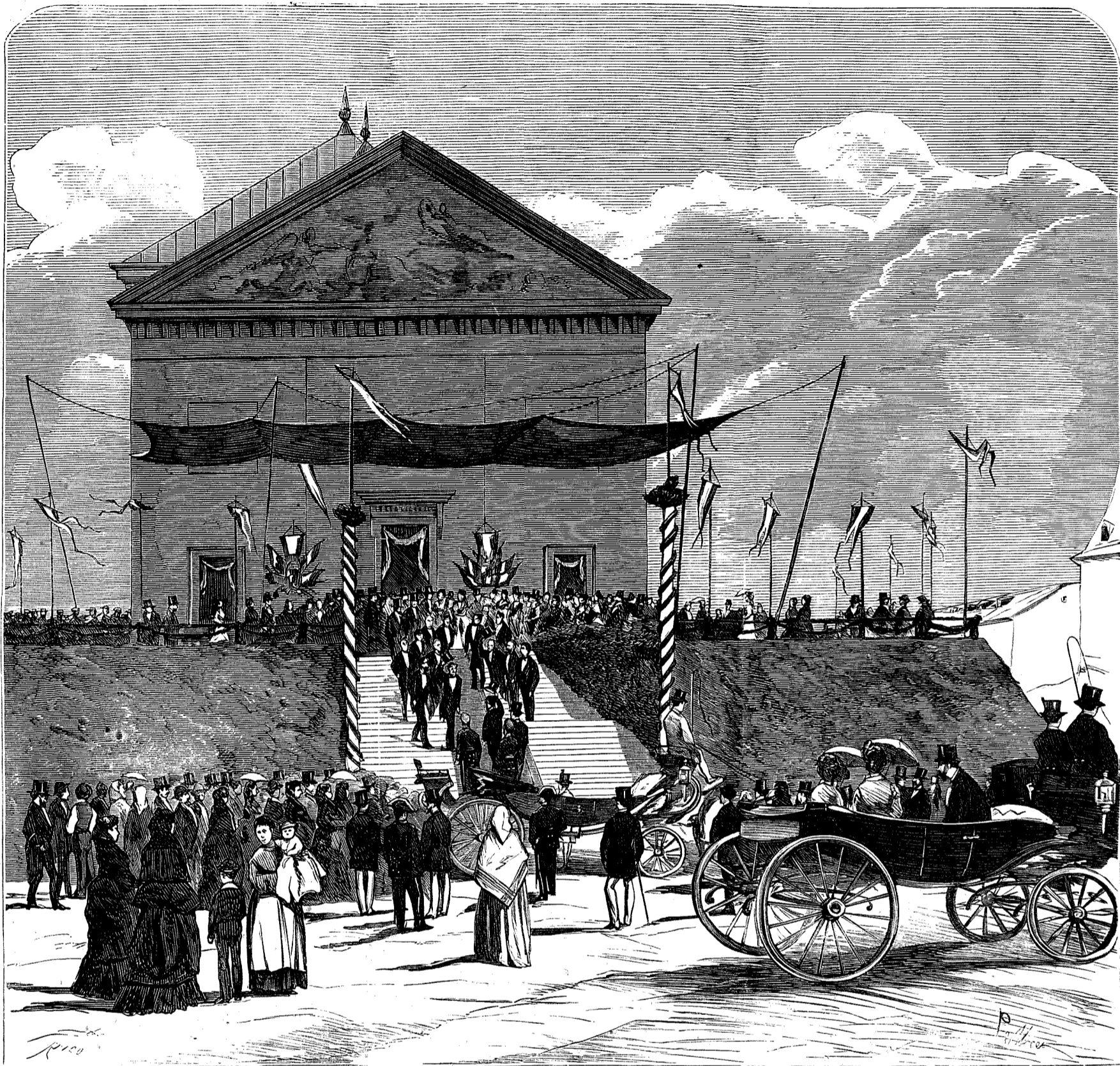
Primer secretario de Estado, presidente del Consejo de ministros y condecorado con el Toison en 1843, esa fecha de la vida de Olózaga da asunto para un libro, desde que con una frase célebre lanzó al país á un movimiento, hasta que, para ser excepcional cuanto á él se refiere, fué exonerado de aquellos cargos; desde que dió vida á una coalicion, hasta que, víctima de ella, fué objeto de una intriga y una persecucion sin ejemplo.

Nadie en España ha obtenido triunfos parlamentarios más temprano que Olózaga.

Apenas contaba treinta años cuando se ponía á la cabeza de la oposicion contra el gabinete Istúriz.



BANQUETE DEL 16 DE MAYO.



INAUGURACION DE LA EXPOSICION ARTÍSTICA É INDUSTRIAL EN EL PARQUE DE MADRID.

Dos más tenía, cuando, individuo muy importante de la comision de Constitucion del 37 y redactor muy principal de aquel Código, hacia triunfar el Senado popular de las opiniones de hombres tan autorizados y tan experimentados en el Parlamento como Argüelles, Sancho y otros.

Era de los más jóvenes que asistieron á la reunion celebrada en casa de Calatrava para fijar la conducta de la oposicion ante cierta célebre ley de Ayuntamientos cuando, habiendo prevalecido el dictámen de que no habia medio de combatir la autorizacion que para plantearla pedia el ministerio, dió la idea para hacer interminable la discusion y trajo el alzamiento nacional de 1840.

Acabada la guerra civil. trabajaba el ministerio Arrazola para abrir brecha en el sistema liberal, tratábase de la cuestion de fueros de las Provincias Vascongadas, y Olózaga con un discurso destruyó el plan del gobierno, rehizo la opinion, levantó al general Alaix del banco ministerial para ir á estrecharle en sus brazos, elec-

trizó á los diputados que se levantaron á su vez para abrazarle, y entusiasmó á Calatrava que presidia, hasta hacerle decir que aquella sesion era la recompensa de todas sus persecuciones.

El pueblo le esperó á la puerta del Congreso para llevarle en hombros á la casa en que vivia. Su popularidad, ya antigua, databa del regreso de la primera emigracion; sus relaciones políticas son más antiguas aún: joven, casi niño, Flores, Calderon, Mina y Torrijos le confiaban sus planes; fugitivo en Francia; Casimiro Perrier le admitia á su intimidad; refugiado en Inglaterra, lord Clarendon le daba pruebas de su estimacion; pasajero en Lisboa, Terceira y Palmela le manifestaron sus simpatías; embajador en París, desde Billaut hasta Olivier y Thiers son numerosísimas sus amistades; viajero en Italia, Cavour hizo de él una confianza ilimitada; allí por donde ha pasado una vez, allí se ha granjeado el aprecio de los hombres políticos importantes.

No dudo yo, querido Eduardo, que el retrato, para cuyo marco me pide Vd. estas pobres líneas, será tan

bueno como me asegura, y copiará bien la regularidad de las facciones de Olózaga, la severidad de su frente, la firmeza de su mirada, la gravedad de su boca, la expresion de su fisonomia cuando escucha ó medita; pero su figura, como la de todos los grandes oradores de que se conserva memoria, pierde interés fuera de la tribuna; desde ella la primera mirada, la primera frase, establece una gran distancia entre el hombre y el orador.

Se ha distinguido la voz de Olózaga por un don de penetracion extraño y poderoso, que no depende sólo de la calidad del sonido, ni de la maestría en los cambios de entonacion, sino de la delicadeza del sentimiento, que varia la expresion cambiando el acento.

Su palabra, mesurada y fina, da en el oido un golpe firme y eléctrico, que hiere el ánimo, penetra en el corazón y circula de rechazo por toda reunion de hombres; combina admirablemente la ironía con la indignacion, la pasion con la filosofía; nadie dispone de una elocuencia más incisiva, más hábil, más literaria, más magistral, más suya propia que él. No imita á nadie,

porque no necesita ser más que él mismo; es un término medio entre la escuela inglesa y la francesa, entre las formas de Argüelles y el estilo de Toreno; habilitísimo en el arte de bien decir, estudia profundamente los asuntos, porque no se improvisa lo que no se sabe, la meditación de la idea es la que produce la elocuencia de la palabra; despliega en el plan de sus discursos el arte que un escritor dramático en la composición de una obra pensada; posee el secreto de la belleza y la insinuación en los exordios, de la invención, el método y la claridad en los argumentos; fija las cuestiones con certeza, desarrolla los hechos y las ideas con orden lógico, como las escenas de un drama; es natural, porque es sencillo; su palabra no vuela remontándose de manera que cueste trabajo al auditorio no perderla de vista, camina desahogada, conservando siempre la libertad de cambiar de paso; es sobrio en figuras, cuando las emplea son siempre nuevas y espléndidas; varía de tono para buscar claro oscuro; nadie le excede en movimientos oratorios, que no chocan entre sí sino que se sostienen, que no se confunden sino que se suceden; nadie tampoco en artificios de un efecto irresistible; sus exposiciones son de gran sencillez en la apariencia; hay períodos de ellas que más parecen un trozo de conversación que de discurso; si quiere arrebatar abunda en persuasiones delicadas; tiene una naturalidad prodigiosa en las transiciones; incisivo con los contrarios, pica sin herir, y cuando el auditorio ve salir sangre de la picadura, acude cortesmente á evitar que se encone; no importa que la tarea que tome á su cargo sea larga y fatigosa, que la lectura de muchos documentos, que elige y clasifica siempre con destreza, ó la relación enojosa de muchos hechos ó muchas consideraciones generales le expongan á ser demasiado didáctico ó demasiado prolijo; para que el interés no decaiga, tiene cuidado de situar de trecho en trecho, en el camino de sus discursos, una anécdota que sirva de reposo al orador y al auditorio; con hechos curiosos, así colocados, que refiere como nadie, ameniza y hace oír sin pestañear las cosas más áridas; la unidad de sus oraciones es tal, que se resiste al análisis más escrupuloso; no se encuentra en ellas una palabra ociosa, ni se puede cambiar una frase sin que se resienta el discurso: elevación en los pensamientos, convicción de ánimo, poder de razonamiento, sentimiento contagioso, entusiasmo comunicativo, fuerza y energía en la peroración, belleza de dición, armonía de frases, habilidad suma en las deducciones y en los resúmenes, tono reposado y severo, majestad en la persona, dignidad en la actitud y en la acción, tales encuentran los caracteres de la oratoria de Olózaga.

Es fuerte, nadie le domina; es feliz y oportuno en las réplicas; siempre tiene inspiraciones repentinas que añaden al fuego de la improvisación la seguridad y la solidez de la palabra meditada; el que doliéndose de las picaduras que haya recibido intente desahogar su dolor devolviéndolas, tiene la seguridad de verlas convertidas en llagas de que apartan los ojos sus propios parciales.

Conoce como nadie las fórmulas y prácticas reglamentarias y disciplinarias de todos los Parlamentos; conserva constantemente fija la vista en el punto hasta donde se puede llegar, y donde hay que detenerse; á Olózaga acuden amigos y adversarios siempre que se necesita una solución en ocasiones críticas. Preside como habla, con grave dignidad, y dirige las discusiones con un tacto y una oportunidad de expresión en que nadie le iguala.

Olózaga, que en diversas ocasiones ha demostrado esfuerzo de corazón, ha probado además aquel heroísmo de la inteligencia que consiste en lanzarse de la orilla conocida á la opuesta, sin vacilación entre reposar tranquilamente á la sombra de lo pasado ó marchar decidido por medio de sinsabores y peligros al llamamiento del porvenir. No tiene este orador condiciones de tribuno, y al oírle en ocasiones solemnes parecía escucharse el aliento del país, la voz de la nación saliendo de su pecho, y al contemplarle frente á frente con la reacción, se sentía latir el pulso de prisa, como si los latidos de Olózaga tuvieran el don de inocular la fiebre de la revolución.

¿Quién no recuerda los magníficos discursos que pronunció en diciembre de 1861, y que tan inmenso efecto hicieron en toda España? Aquel terrible final: «El partido progresista no transigirá jamás con ninguna influencia bastarda, con ninguna pretensión reaccionaria, con ningún poder, por grande que aparezca y por respetable que sea: no reconocemos ni podemos reconocer otro trono que el fundado en las instituciones liberales, para que estas funcionen como funcionan en todos los pueblos libres. Y cuente V. M. que si evita esos peli-

gros, hará un bien muy grande á la nación, pero le hará mucho mayor á sí misma y á la dinastía.»

¿Quién ha olvidado la tarde que formuló una solemne declaración con estas palabras? «No juraremos al príncipe de Asturias. (No, no, gritaban de todas partes.) No, yo os lo prometo en nombre del partido progresista que me honra con su confianza; no, porque lo único que nos pueden pedir es la obediencia, pero nuestra cooperación, jamás; cuando venga el día del peligro que no hayan querido conjurar, nos cruzaremos de brazos.»

Y ese día llegó, sorprendiendo á la pretendida legitimidad sin haber podido obtener la sanción que era esencial para ella.

Cuando Olózaga pronunciaba aquellos discursos y yo cerraba con el último de ellos el proceso que cité al principio de esta carta, era patriótico y meritorio, porque era muy expuesto combatir lo que no sería noble mencionar hoy, que se halla caído en la desgracia que tantas veces se le anunció.

No es ya ocasión de apuntar siquiera la propaganda que la palabra de Olózaga hizo en Cataluña, en Asturias y en otras provincias, y es todavía temprano para hablar de la última emigración y de los sucesos posteriores.

Dejo este conato de noticias biográficas donde dejé el estudio que publiqué en 1863: he emborrinado á vuelo de pluma las diez cuartillas que Vd., querido Eduardo, me pedía; dado que pueda utilizarlas, como no sea para servir de base á más tolerable reseña, sirvan al menos para testimonio de lo dispuesto que estoy siempre á llenar los deseos de un amigo tan antiguo y tan bueno como Vd.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UN AUTO DE FÉ.

(Conclusion.)

En alguna plaza ó sitio espacioso se alzaba un gran cadalso, en el cual habian de ser colocadas las víctimas.

Terminábase la obra lo más diligentemente que se podía para el día dispuesto, y cuando estaba concluida, se aderezaba para el caso, colocando en frente al lugar destinado á los reos, los sitios de los inquisidores y las gradas de los convidados, que, como fiesta que merecía la pena, no era poca honra tener asiento dispuesto en ella.

El pueblo, deseoso de ver aquello, acudía en tropel, ocupando balcones y ventanas, dándose no poca prisa para encontrar sitio oportuno.

Razon tenía para ello, pues como era asunto que duraba largo rato, y aun días, los señores inquisidores, á quienes no dolían prendas cuando de su oficio se trataba, empezaban los autos al rayar del día.

Durante la noche era todo disponer y prevenir para el auto; nadie dormía con esta faena, y la población toda estaba con la ansiedad de quien espera una cosa extraordinaria.

Amontonábase la multitud, sombría y rumorosa, hacia las cárceles de la Inquisición, esperando la salida del fúnebre cortejo y, como sucede siempre en momentos tan solemnes, el silencio producido por tanta muchedumbre era augusto y aterrador, alumbrado el cuadro por la luz dudosa del alba.

Dada la señal oprimiase sordamente el concurso para abrir calle á la operación con que el auto comenzaba.

El deseo de apoderarse de un puesto de preferencia, ocasionaba disputas entre los circunstantes.

—Retírese á un lado, buena madre.

—Haber madrugado más, que á mi me ha costado no pegar los ojos en toda la noche.

—Retírese, digo, ó ¡vive el cielo!

—¡Eh! No vote, que no es para ello el caso y quédese donde está.

—¡Mala peste! Miren la remilgada, cuando podía vestir corzo, mejor que alguno que saldrá en el auto.

—¡Deslenguado!

—¡Vaya! menos voces, decía otro.

—¡Juicio!

—¡Que callen!

—¡Al diablo la vieja!

—¡Á la Inquisición la bruja!

—¡Con la Inquisición, chiton!

Por fin se apaciguaba el ruido, y abriéndose los portales de la cárcel, cuyas herradas puertas rechinaban quejumbrosas, como doliéndose de aquellos infelices,

salía el cortejo á la calle, empezando por el innumerable séquito de familiares, caminando gravemente, todos ellos vestidos de negro y con venera del Santo Oficio al pecho, siguiendo el pendon, ricamente bordado, que llevaba siempre alguna dignidad elevada del Tribunal, que ufana ostentaba aquella distinción.

Tras los mil y más familiares, comisarios y demás ministros, venían las órdenes religiosas.

Lo grave y reposado de su paso, el solemne silencio que reinaba, el temeroso respeto de la innumerable multitud, que por todo se había agolpado, unido al resplandor de tantas luces, que se unían á la escasa del crepúsculo, daban al acto una severidad que helaba la sangre en las venas.

Larga hilera formaban los frailes de las diferentes religiones, cuyo número, de suyo grande, se aumentaba en tales casos, como dicho queda, con los muchos que de los conventos de algunas leguas al contorno acudían.

Sirviendo como de remate á las comunidades y presidiéndolas, iba una dignidad del Santo Oficio, tal como calificador ó cosa semejante, cargo siempre de algún fraile del cordon alto, el cual ostentaba con gran respeto el emblema de la Inquisición, la *crúz verde*, símbolo de la sacrosanta religión, por la que de tan ardiente celo sentíanse abrasados aquellos venerables varones y en cuyo nombre se celebraban aquellos espurgos de dogmatizadores de enemigas sectas.

A esta insignia formaba cortejo notable la música de cantores y ministriles que delante llevaba, dejando oír un fúnebre y pausado son, que añadía más decorosa gravedad al acto.

Cuéntase que en lo antiguo algunos pueblos de Fenicia adoraban al demonio en la forma del ídolo Moloch, al que ofrecían el sacrificio horrible de los hijos de sus adoradores, que morían quemados en los brazos del dios, y para evitar que sus padres y demás concurrentes oyeran los desgarradores gritos de dolor de las inocentes víctimas, hacían tañer multitud de pífanos y atabales que ahogasen los clamores.

Una función cristiana se asemejaba en algo á esta de los paganos adoradores de Moloch.

Tras de la cruz y música seguían el alguacil del Santo Oficio, cargo que los más ilustres apetecían y el cual alguacil lucía en su vara el símbolo de su autoridad; los comisarios, personas graves y ministros del tribunal, y algunos eclesiásticos de distinción.

Figúrese el lector este gran aparato, y si sería parte para aterrarse, no sólo á los temerosos, sino á los de corazón entero.

Seguían los penitenciados de ambos sexos, con diferentes insignias, según la pena, y aunque ordinariamente eran en gran número, cada uno llevaba para guarda dos alguaciles de la Inquisición.

Los reos vestían todos el sambenito, llevaban velas verdes encendidas y estaban cubiertos con grandes corozas.

Los que habian de sufrir la pena de azotes tenían puesta al cuello una soga, y si eran reconciliados pintábanles unas aspas bermejas sobre las corozas y sacos amarillos.

¿Cuánta sería la angustia de aquellos infelices y con qué falta de fuerzas caminarían al horrible suplicio, imagínelo el lector, sobre todo si considera que muchas de las confesiones que les acarrearán la muerte habian sido arrancadas en el dolor de quebrantadores tormentos, que en el duro trance les hacia pronunciar su sentencia de muerte, por escapar de la tortura!

Como la Inquisición extirpaba hasta la mínima sombra de herejía, persiguiéndola infatigable, su rigor iba más allá de la tumba, y el que con sus erradas creencias habia profanado la fé, no podía eximirse del castigo con la huida, ni aun con la muerte que naturalmente le hubiese sobrevenido.

No obstante, éste salía mejor librado y apenas padecía otra pena que la infamia para él y los suyos y la confiscación de bienes, que en último resultado sólo dañaba á los sucesores, que se quedaban en la miseria y en la deshonra.

A los que por huir á países donde la férula inquisitorial no llegaba, no podía ésta castigar su persona, le hacía en estatua, mandando formar unas imágenes que los representasen, las que eran conducidas en andas ó puestas en las puntas de unos largos palos, á manera de picas, con los sambenitos, aplicándoles la pena que el original merecía.

Más repugnante era que se desenterrase los hediondos cadáveres de los condenados, que en ataúdes eran conducidos al auto para ser quemados y que seguían el cortejo, y los últimos venían los que habian de ser entregados á la justicia ordinaria para su castigo, á los que daba el nombre de *relaxados*, porque en ellos se re-

lajaba la jurisdiccion inquisitorial, entregándolos á otros tribunales.

Mas no se crea que con estos ejercia el Santo Oficio desusada misericordia, pues relajado era como sinónimo de ahorcado, ó quemado, ó de ambas cosas, porque con tal objeto los encomendaba el Santo Oficio al juez real ordinario*.

Constante y atronador clamoreo han levantado en nuestros dias los adversarios de aquel tribunal, acusándole de tenebroso, porque no dejaba traslucir por resquicio alguno la luz de sus procedimientos, pero tengo para mí que la acusacion es notoriamente arbitraria; y para opinar así me basta saber, y lo propio sucederá al lector, que en los autos, y en pos de los castigados, iba una arrogante mula, con ricos paramentos, que en un cofrecillo de terciopelo llevaba al sitio de la ceremonia las sentencias de los condenados para ser leídas en alta voz, con las declaraciones de sus horribles delitos, declaraciones que aunque prestadas muchas de ellas en el potro, al fin probaban su delincuencia, y si esto que se leía en la plaza y ante un auditorio tan numeroso no era hacer público el procedimiento del tribunal, venga Dios y véalo.

El referido cofrecillo que, como he dicho, era en lo exterior de terciopelo, iba escoltado por cuatro secretarios de la Inquisicion, en sendas cabalgaduras, muy lucidas, y cerrando la procesion los inquisidores, ocupando el centro el más antiguo en el ejercicio, llevando á la diestra mano al clero y á la izquierda á la justicia y Consejo, y siendo presididos por el estandarte de la Fé, siendo de advertir que iban tambien á caballo, con lo que el acto tenia mucha mayor majestad.

Despues que en tan grave y silenciosa apostura llegaban al sitio destinado, acomodábanse todos ellos en tabladillos de preferencia, que para présenciar el acto se habian construido, y los eclesiásticos, los jueces, la ciudad y otra gente de cuenta se situaban por allí en otros escaños, muy satisfechos de la merced que de los inquisidores recibian sentándose en su tablado, que era de tales dimensiones que podia contener muchos centenares de personas.

En otro tablado de suficiente elevacion se colocaban los reos, á mayor altura cuanto mayor era el castigo que aparejado los estaba, y mientras la lectura de la condena, subian á unos pulpitos, oyendo desde allí á los secretarios, que desde otros convenientemente dispuestos leian sus fechorías.

Una vez cada uno en su puesto y restablecido el silencio, era preciso empezar el acto, que, siendo tan devoto, por nada podia hacerlo mejor que por un sermón.

El tal sermón era de prueba y merecia ser una obra maestra de elocuencia, digna no sólo de tan solemne acto, sino de la escogida y piadosa concurrencia.

No era cosa de encomendarlo á un predicadorcillo de mala muerte, que no hubiera sabido poner en el punto que merecian, ni el ardoroso celo del Santo Oficio, ni lo inicuo y espantoso de los crímenes allí extirpados, probando hasta la evidencia que á no ser por la eficacia en el modo de proceder del tribunal y lo saludable de los castigos, el nombre de religion hubiera desaparecido de sobre la haz de la tierra, y á vueltas de todo ensalzaba sobre las nubes la misericordia del Santo Oficio, que pudiendo quemar á todos los reos, se daba por contento con hacerlo sólo con quince ó veinte, teniéndose por satisfecho con aplicar á los demas, bien unos centenares de azotes, bien prision perpétua en las cárceles de la Inquisicion, bien sólo por cinco años y uso del sambenito.

Cómo esgrimirian su docta teología, fatigando los pulmones, no hay que encarecerlo, y el prior ó guardián de convento que conseguia regalar al auditorio con una de aquellas elocuentísimas piezas oratorias, hacia más que poniendo una pica en Flándes, y habia de haberse acreditado primero como predicador de no pocas agallas.

Seguia, apénas acabado el sermón, la lectura de las sentencias, que, como tantas y tan largas, aunque la sustanciacion de los procesos se redujese á bien pocos pliegos, no era caso raro ver que cerraba la noche, quedando en suspenso el auto hasta el dia ó dias siguientes.

Si esto acontecia, los inquisidores, que no se dormian en las pajas, ántes que amaneciera saltaban de sus lechos y la luz del dia los encontraba ya solícitos en sus puestos, tornando á la tarea de zarandear brujas y herejes.

* El juez real era avisado anticipadamente, para que asistiese al sitio del auto, y allí le entregaba los relajados para que pronunciase la sentencia de muerte y la ejecutase, conforme á las leyes comunes, pues la Inquisicion, como tribunal de carácter religioso y ademas blando de suyo, escrupulizaba tanto rigor.

Allí era donde no quedaba la menor duda, el mínimo asomo de perplegidad, sobre la existencia de esta secta inmunda de las brujas, porque se oía de los verídicos labios de aquellas famosísimas maestras el cómo y el cuándo se echaban en brazos de aquella maldad, desde el noviciado hasta llegar á consumados dogmatizadores, confesiones que, en gracia de la franqueza y lágrimas de arrepentimiento que mostraban, les valian conmutar la hoguera por una buena tanda de azotes, que á pena limpia les administraban los verdugos, salvo si sus crímenes eran tales que, á pesar de todo, pidiesen á voz en grito las llamas.

Por supuesto, que cada dia habia su sermón, para lo que se pintaban solos los dominicos, que como tan grandes predicadores por su instituto, en tales dias echaban la casa por la ventana.

El auditorio escuchaba con religioso silencio, aunque allá en su interior algo deseoso de que terminasen, para ver lo divertido de la fiesta ó sea el castigo, y le llamo fiesta, porque ya en otra parte he dicho que los autos de fé eran la distraccion más sabrosa en los regocijos públicos.

En cuanto á los reconciliados, ó sea aquellos que por haber mostrado el arrepentimiento que el Santo Oficio consideraba eficaz, volvian á su gracia y al gremio de la fé, postrados humildemente de rodillas ante los inquisidores, abjuraban de sus errores y, prévio el castigo merecido, eran absueltos* de la excomunion y en señal de esta clemencia el inquisidor les despojaba del sambenito, que era el emblema del castigo.

Llegado ésto terminaba el acto, y levantándose con gravedad semejante á la que habian traido, volvian á la Inquisicion los que en ella tenian que purgar sus culpas, con la Santa Cruz, que era devuelta al templo con gran acompañamiento de cantores, que en accion de gracias, por haber librado al mundo de aquella perniciosa cizaña y echádola al fuego, entonaba el *Te Deum laudamus*.

El pueblo se alejaba silencioso del lugar en donde aquello habia sucedido, sobrecogido de espanto de todo lo que fuese caer en manos de la Inquisicion, pero al propio tiempo satisfecho de la funcion, que como se le habia dado en clase de fiesta, la habia tomado como tal, á la manera que una corrida de toros ú otro regocijo semejante.

Los sentenciados sufrían aquellas terribles penas, que alcanzaban á sus hijos y demas parientes, por la confiscacion y la infamia perpétua, * que con el objeto de que fuera á todos notoria, se patentizaba poniendo á la puerta de los templos grandes carteles, que eran padron de ignominia, * conteniendo sus nombres; castigo que era una señal indeleble y sólo la córte romana los hacia arrancar, merced á poderosos valimientos.

Hoy, por nuestra ventura, mudados los tiempos, ha desaparecido esa horrible fiesta y las hogueras se apagaron por completo para siempre, quedando á nuestro siglo la tarea, que cumplió en sus principios, de aventar las cenizas, aun calientes, que dejaron los anteriores.

JULIO MONREAL.

EL TREN EXPRESO.

(Conclusion.)

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
Que aún vaga como un sueño en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio
Y una expresion del todo religiosa,
Como llevando á cabo algun misterio
Despues de un ¡ay, Dios mio!
Me dijo, señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frio!

* Se necesitaba para ser absuelto nada ménos que una informacion de doce testigos, afirmando que el acusado que negaba ser culpable, era veraz en su aserto. A estas informaciones se llamaba *purgaciones canónicas*.

* MARIANA. *Historia general de España* (Lib. XXIV, Cap. XVII.)
* En lo antiguo solia colgarse dentro de la parroquia á que pertenecia el penitenciado, el sambenito que éste usó; en su lugar despues se colocaba la *manteta*, ó sea un cartel cuadrilongo, en cuya parte superior se pintaba el aspa ó llamas, y debajo se escribía el nombre, oficio y delito del condenado, y el año en que lo habia sido.

II.

El humo, en ondulante movimiento,
Dividiéndose á un lado y otro lado
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frio;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo escede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte,
Y una estacion á otra estacion sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
Á pesar de mis muchos desengaños;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
—Y ¿dónde vais ahora?
Pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero,
Me respondió sincera,
Á esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿y despues, la pregunté, señora?
—Despues, me contestó, ¡lo que Dios quiera!

IV.

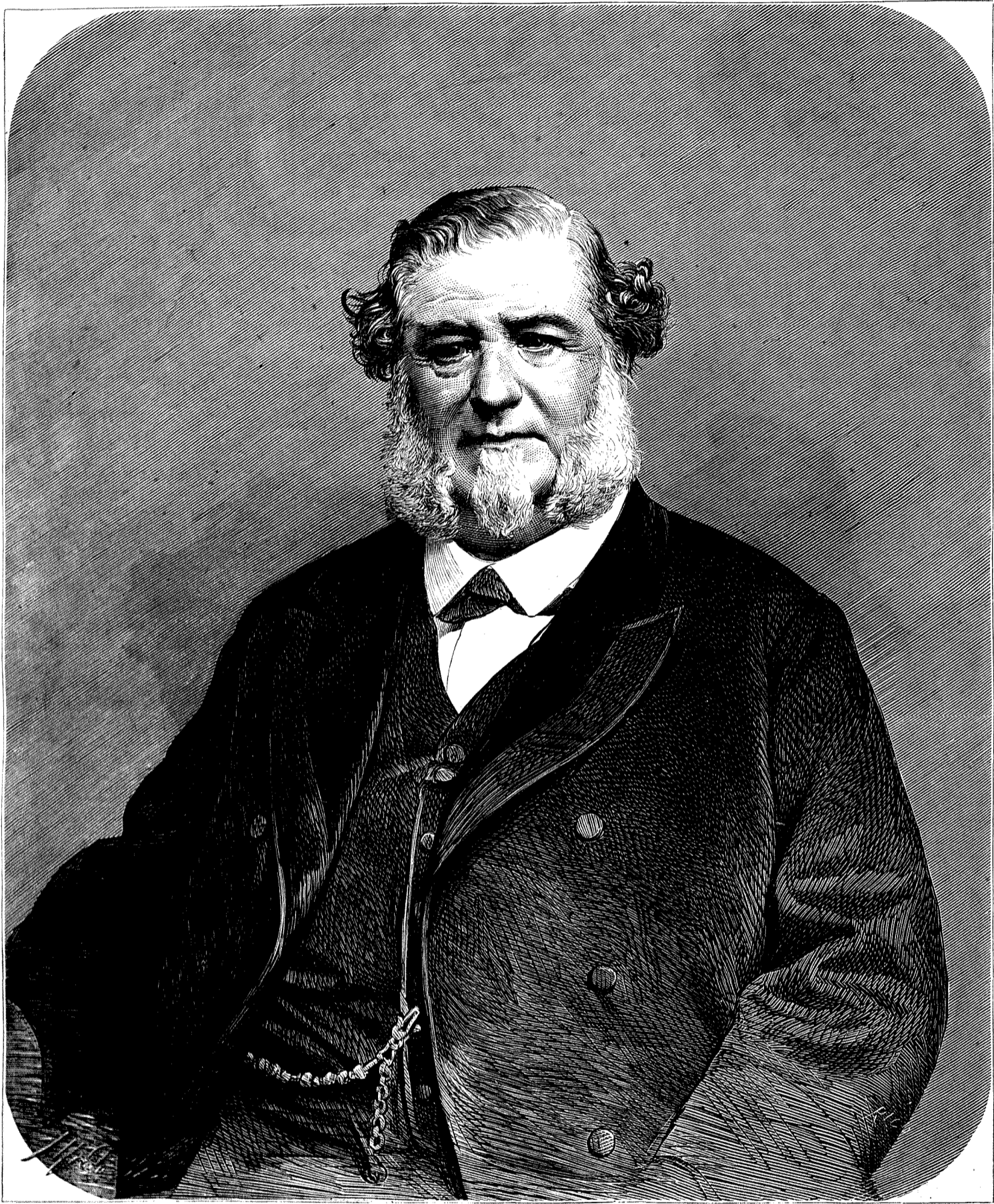
Y porque así sus penas distraia,
Las mias le conté con alegría;
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Mientras ella, abstrayéndose, veía
Las gradaciones de color que hacia
La luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
Ó, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños,
Habia cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero;
Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Mas bien que con la voz, con las señales.
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el eden de nuestra vida.

V.

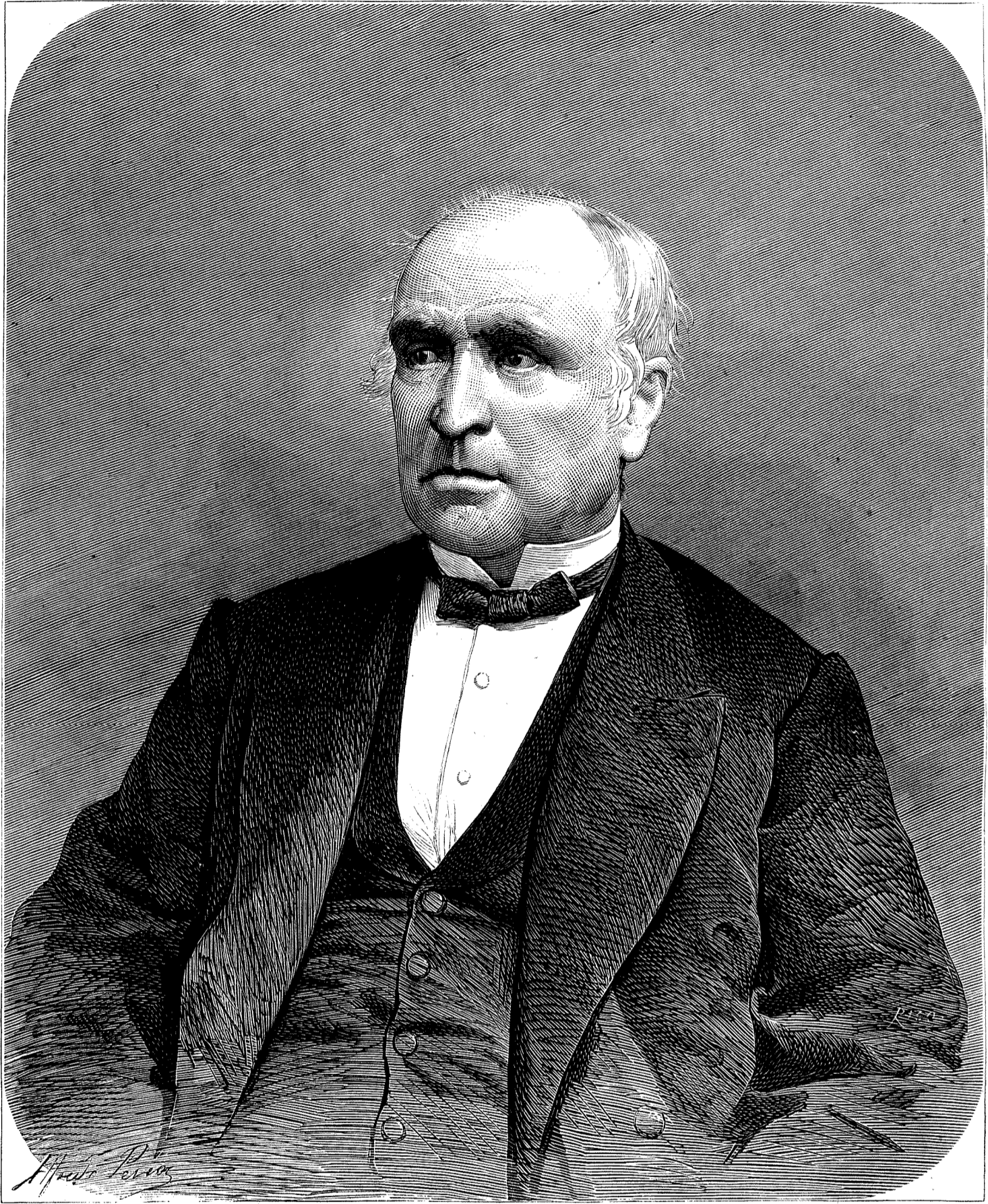
Como en amor es credo,
Ó artículo de fé, que yo proclamo,
Que en este mundo de pasion y olvido
Ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
Ó la vida mejor no importa un bledo,
Aunque entónces, como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Más bien desesperado que atrevido,
—Y ¿un nuevo amor, la pregunté amoroso,
No os haria olvidar viejos amores?
Mas ella sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores,
Necesito algun año de reposo.

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo;
Y en confusion extraña
Parecen, confundidos tierra y cielo,
Una mezcla de sueño y de montaña;
Pues cruza, de horizonte en horizonte,
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano;
Ya entrando por el hueco
De algun túnel que horada las montañas



EXCMO. SEÑOR DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA, PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.



EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO SANTA CRUZ, PRESIDENTE DEL SENADO.

A cada horrible grito
Que, lanzando va el tren, responde el eco,
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas;
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal, cuesta trabajo
Creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hácia atrás, en el instante
Que nosotros pasamos;
Y conforme va el tren hácia adelante,
Parece que desandan lo que andamos;
Y á sus puestos volviéndose, huyen, y huyen,
En raudos movimientos,
Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento;
Y formando, confuso y ceniciento,
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba, ó torbellino!

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas ántes,
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambicion, para escalar el cielo
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estacion postrera,
La dije con amor:—¿Seria en vano
Que amamos pretendiera?
¿Seria como un niño que quisiera
Alcanzar á la luna con la mano?
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que será más adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más queréis, me preguntó, que os diga?
Y bajando al anden, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraía
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salía,
Pues la estacion del pueblo parecia
La loca dispersion de una colmena.

X.

Y con dolor profundo
Mirándome á la faz desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió:—Yo os juro cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
Ó aquí me encontrará dentro de un año,
Ó ¡allí!... me dijo, señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha y no marchando,
Ni marcha, ni reposa),
Mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
De su cuerpo flexible los anillos;
Y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza,
El tren llevó hácia sí pieza tras pieza.
Vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
Hácia Francia volvia,
Echando alegre sobre el cuerpo mio
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentia,
Como el año anterior, dia por dia,
Mucho amor, mucho viento y mucho frio,
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar á la estacion aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de atahud sonó á mi lado
Que salia del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje;
Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándome un papel por la ventana,
—Tomad, me dijo, y continuad el viaje.
Y cual si fuese una hechicera vana
Que despues de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida;
La mujer, más que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual sombra entre la luz desvenecida,
Al punto en que llegando, con presteza
Echó por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leído más veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza.

II.

«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mia.
Aquel fantasma soy que por gustaros
Jugó á estar viva á vuestro lado un dia.

«Cuando lleve esta carta á vuestro oido
El de eco mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.

«¡Por no dar fin á la ventura mia,
La escribo larga...! casi interminable!...
¡Mi agonía es lá bárbara agonía
Del que quiere evitar lo inevitable!

«Hundiéndose, al morir, sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy borrar quisiera.

«Me rebelo á morir, pero es preciso.
El triste vive, y el dichoso muere.
Cuando quise morir, Dios no lo quiso:
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere.

«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas más intimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.

«Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna.

«Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria,
¡Yo os hubiera tambien amado tanto!...

«Mas tal vez allá arriba nos veremos,
Despues de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida á la estacion postrera.

«¡Ya me siento morir! ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el dia,
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mia;

«Pues yo desde ella os estaré mirando;
Y como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré, rezando,
Que Dios de par en par el cielo os abra.

«Nunca olvideis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo!

«¡Oh, Padre de las almas pecadoras,
Conceded el perdon al alma mia;
Amé mucho, Señor, y muchas horas,
Mas sufrí por más tiempo todavía!

«¡Adios! ¡adios! ¡como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero!..»

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado,
Por la más grande herida
Que á un corazón jamás ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida,
Ahogado de tristeza
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza.
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso
Y encerrado en el coche maldecia,
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir dia por dia
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma, y como inútil mercancía,
Me volvió hasta París el tren expreso.

RAMON CAMPOAMOR.

HABLEMOS DE MI ASUNTO.

Por regla general, cuando un escritor al dirigirse al público empieza hablando de sí propio, es señal ó de que carece de asunto sobre que escribir, ó de que el asunto que se ha propuesto no ofrece buen asidero. Yo me hallo en este último caso.

Estoy sentado delante de mi mesa (porque aún no he contraído la costumbre de escribir en pié), con la pluma en la mano derecha (algunas veces he probado á escribir con la izquierda, pero sin éxito), la mano izquierda apoyada en la mejilla (he observado que es más cómodo apoyar en la mejilla la mano que apoyar en la mano la mejilla), una veintena de cuartillas de papel blanco al alcance de la pluma, y un tintero de mediana capacidad al alcance de la mano. Tambien tengo asunto, y para desenvolverle me he sentado á la mesa, he tomado las cuartillas, he requerido la pluma y he acercado el tintero.

Pero, es lo que yo digo, hay asuntos que no pueden abordarse *calamí corriente*, que cuando uno cree tenerlos sujetos, se escurren de entre la mano como las anguilas; asuntos que, por muchas vueltas que se les dé, no hay por donde cogerlos. ¿Han visto Vds. un niño de dos años á quien se le pone delante una de esas esferas de cristal azogado llamadas espejos de jardín? La inocente criatura se arroja con avidez sobre el lindo juguete, intenta sujetarle, acercarle á sí para contemplarle mejor, pero cuanto más vueltas le da, cuanto mayores esfuerzos hace, mayor resistencia encuentra en aquella bruñida superficie que se desliza bajo sus manecitas y huye ante la presión de sus dedos. Pues una cosa análoga me pasa á mí con el asunto de este artículo. Y que para este artículo tengo asunto, es evidente; lo que hay es que no acierto á dominarle, á encarrilarle, á tomarle la embocadura.

Y cuidado, que si yo fuera escritor de ingenio, si yo tuviera *esprit y vis cómica*, podría sacar partido de mi asunto. Considerado este *à priori*, no ofrece, en verdad, interés dramático como una novela de Ponson du Terrail, ni interés científico como una *idem* de Jules Verne, ni siquiera interés de 5 por 100 como los préstamos que sobre alhajas y ropas en buen uso hace el *bonus vir* de don Casiano; préstamos que, hablando aquí para *inter nos*, resultan al 60 por 100 al año, supuesto que el 5 con que aquel honradísimo usurero los anuncia se refiere al mes, por más que el rótulo no lo exprese.

Decía, pues, que mi asunto, sin ser de interés palpitante *per se*, tiene alguna importancia literaria y hasta sería entretenido y ameno si yo acertara á presentarle bajo formas algun tanto galanas, á darle cierto corte de originalidad, cierto gracejo, cierto colorido, en fin, ese *quid* que no se puede explicar, eso que en España llamamos con mucha propiedad *la tournure*. ¡La forma! *that is the question*. Este es el caballo de batalla, la dificultad, el sueño dorado, el *desideratum* de todo autor que teniendo, como yo, un asunto árido en el fondo que desarrollar, quiere á *outrance* adornarle con las floridas galas del lenguaje y con el atavío elegante y *fashionable* del más puro y castizo estilo.

La riqueza de la forma suple muchas veces á la pobreza del fondo. Un cuadro de Orbaneja se haría aceptable puesto en un marco tallado por Berruguete. Allá, *in illo tempore*, cuando el paladar de los lectores no había tomado el gusto á esta especie de *menu* literario que hoy se conoce con el nombre de ARTÍCULOS; cuando las obras destinadas á la prensa revestían el carácter de gravedad, seriedad é inconmensurabilidad con que han llegado á nuestras manos; cuando el oficio de escribir para el público estaba indignamente monopolizado por los sabios y literatos de *primo cartello*, todo el interés, todo el cuidado, todo el *busilis* estaban en el fondo: nadie se pagaba de la forma, y dábase por satisfecha la más exigente crítica con que el libro estuviese escrito en buen castellano... *Risum teneatis*.

Hoy todo es cuestion de forma, desde los negocios de Estado, como dice la zarzuela, hasta el más modesto producto del arte culinario. En la política, en las ciencias, en la literatura, en las artes, *et sic de ceteris*, la forma descuella sobre el fondo *quantum lenta solent inter viburna cupressi*.

Cuando en el Congreso se levanta uno de los *leaders* de la oposicion, anunciando *ex-cathedra* que no va á pronunciar un discurso estudiado *ante diem*, sino á tratar *impromptu*, con llaneza y buena fé, la cuestion de principios desde las regiones serenas (*sic*) de la imparcialidad, *et-cetera, et-cetera*, no le creais; todo eso es pura fraseología, *words, words, words*, palabras, palabras y nada más que palabras, para preparar la atencion y atraerse las simpatías del auditorio. Y si no, esperad un poco á que termine el obligado exordio y oireis el *quousque tandem abutere...* con que el *enragé* orador cae sobre el ministerio para aplástarle; y si teneis valor para seguirle en aquel *mare magnum* de frases *d'élite*, de conceptos Berdam, de apóstrofes Remington, de alusiones *mitrailleuses* y de acerados epigramas, vereis como el razonado discurso, desde el "Señores diputados" hasta el *dixi*, no es más que un discurso sin fondo, pero exuberante, pletórico de formas.

Las ciencias abstractas, que venían tratándose desde *ab-initio* en empergaminados *infólios* de laborioso transporte, se reducen hoy á las dimensiones de un cuadro sinóptico que ocupa en vuestro cuarto de estudio menos espacio del que destinabais al *mapa-mundi* que os legó vuestro abuelo. Y si quereis aprender *par cœur* todo lo que hasta hoy se sabe en materia de ciencias físicas, ahí lo teneis condensado en forma de novelas á *bon marché*.

Y ¿qué diré de la literatura ó de lo que hemos convenido en llamar así? Vedla en el teatro, supeditada á la *mise en scène*, sirviendo de accesorio á los telones pintados á *merveille*, á las deslumbradoras *toilettes* de actrices y de actores, á los ricos vestidos de los comparsas y á los espléndidos desnudos de las surripantas. Vedla surgir purísima y radiante de entre las dislocaciones del *can-can*, bien así como Minerva brotó del encéfalo de Júpiter, armada de lanza, escudo y demas herramientas del *métier*. Vedla, en fin, *horribile visú!* disfrazada con la vestimenta del juglar, con la abigarrada carátula del *clown* ó con la tradicional montera tricorne de polichinela... Todo es cuestion de forma. En el libro, en el *pamphlet*, en el folletín, en la hoja volante y en otros impresos *ejusdem furfuris*, se ofrece bajo las formas de la más pintoresca *bizarrierie*, con el *travestissement* más heterogéneo y tan accidentada como una epiléptica.

La forma impone á las artes *velis nolis* su yugo avasallador. Ella inspira esos poéticos lienzos llamados *bodegones* donde el pintor ha sabido copiar *ad pedem littere*, ha fotografiado con su pincel (permitaseme la impropiedad) los más sabrosos productos de los reinos animal y vegetal: el artístico melon, la plácida calabaza, el sentimental pepino, la pudibunda manzana, que se ruboriza ante la mirada erótica del pimiento rojano. ¿Qué verdad hay en todo aquello! Pues ¿y esa perdiz, que no la falta más que hablar? ¿Y aquel trozo de salmon, que está hablando, puesto que dice *urbi et orbi* "comedme!", ¿Y su *ad-latere* la trucha? ¿Y ese salchichon de más abajo? ¿Y aquel pastel de la derecha, haciendo *pendant* á este queso de la izquierda? Pero, sobre todo, aquella liebre, aquella liebre-verdad, aquella liebre *d'après nature*, colgada de las patas traseras (es condicion *sine qua non*), ¿no es un verdadero prodigio del pincel? Aquella liebre parece pintada por un galgo.

Las exigencias de la forma obligan al escultor á convertir á *fortiori* el cincel en bisturí de oculista, para dar á los ojos de sus bustos en mármol la expresion de que carecen los antiguos, por medio de ingeniosos toques que, si no llegan á simular la pupila ni á dar apariencia de verdad á la mirada, en cambio hacen del busto la *vera effigies* de una persona á quien acaba de practicarse la operacion de la catarata.

La cuestion de forma ha hecho que una de nuestras más populares zarzuelas haya sido mutilada, despojada de su carácter y sacada de su casa para ponerla á pupilo en el teatro italiano, donde la pobre se encuentra *deplacée* y donde, pasadas las primeras impresiones del *debut* y las *ovazzioni* de la novedad, quedará fuera de servicio aunque con el *maximum* de jubilacion...

Pero, á todo esto, no hago más que divagar y, hasta la presente, mi artículo está *tanquam tabula rasa* respecto de asunto. Me parece que ya es tiempo de entrar de lleno en materia, sin aplazar *ad kalendas graecas* el desarrollo de mi pensamiento. No comprendo lo que me sucede con este malaventurado asunto. Yo le he elegido *motu proprio*, sin imposicion extraña, sin ceder á fuerza mayor. Parecia, pues, natural que estas circunstancias me abriesen camino para abordarle con desembarazo. Más aún: cuando me ocurrió la idea de escribir un artículo *ad hoc*, le formulé (no el artículo, sino el asunto) en cuatro palabras trazadas con lapiz en una hoja de mi *souvenir*, ó hablando con ménos propiedad, de mi cartera, y aquí le tengo delante de los ojos, sin acertar á hincarle el diente.

Por más señas, que la idea de que dejo hecho mérito me ocurrió ayer tarde en el *boulevard* (antes se decía "arrecife" ¡qué atrocidad!) de la Fuente Castellana, al oír, sin quererlo, parte de un diálogo sostenido *sotto voce* por dos elegantes damas que marchaban delante de mí. No soy curioso, pero, persuadido por las pocas frases que habia escuchado, de que aquellas dos señoras eran extranjeras, quise verlas el rostro, y entonces comprendí que no deben aventurarse juicios *a priori*, porque conocí á las dos interlocutoras, que son españolas, hijas de padres españoles y siempre han tenido su residencia en España. El que espere ver citadas *nominatim* á esas señoras, se quedará *in albis* porque no soy aficionado á sacar á luz nombres propios: si las he aludido ha sido tan sólo para hacer constar la ocasion, el sitio y el momento en que concebí la idea y tracé mentalmente el *croquis* del asunto que me propongo esplanar.

He emborronado diez cuartillas *plus minusve* y, sin embargo, me encuentro á diez leguas de mi tema. Voy, pues, á hacer un esfuerzo, un *tour de force* de voluntad. Si logro desenvolverme, esta misma noche enviaré mi manuscrito al director de LA ILUSTRACION; si no, soltaré la pluma, haré añicos el artículo *in fieri*, arrojaré á la calle los pedazos, me acostaré y *laus Deo*.

Porque, es claro, yo me hago cargo de que estoy abusando, siquiera sea sin intencion, de la paciencia y de la buena fé de los lectores, que acaso juzgarán *in pectore* que les hago objeto de una mistificacion ó, cuando ménos, que intento darles gato por liebre. No será así, *Deo volente*, en primer lugar porque *amicus Plato sed magis...*

Dejo sin concluir este período porque acabo de descubrir el flanco vulnerable de mi asunto y quiero acometerle antes de que se me vaya el santo al cielo y me quede *per istam*. ¡Oh! sí, le veo, le veo con toda claridad, y lo que es por esta vez no le dejaré escapar aunque el mismo *sursum corda* se me pusiera delante. Nada, nada, ahora ó nunca; no vaya á sucederme lo que á aquel jóven provinciano cuando por primera vez asistió á una *soirée* en casa de la bella y espiritual duquesa de X***. ¿Quién no recuerda aquel lance que estuvo siendo por espacio de un mes el escándalo de los salones, el blanco de las sátiras de los gacettilleros y el asunto de todos los comentaristas de café?

Arturo Delbís, que así se llamaba el jóven que sirvió de protagonista en aquel drama y á quien sus compañeros de colegio habian simplificado el apellido llamándole sencillamente Bis, acababa de llegar á la corte con el alma llena de ilusiones, la cartera provista de cartas de recomendacion y el bolsillo atestado de onzas pelucanas de las de *in utroque felix*. Invitado á una *soirée* musical, se presentó en el *hótel* de la duquesa y se anunció tímidamente al *valet*, que abrió la *portière* é introdujo al jóven en el salon, diciendo con voz campanuda: "El señor Delbís."

En el momento en que Arturo ponía el pié en aquella suntuosa estancia, alumbrada á *giorno*, decorada con una *recherche* exquisita, cuajada de elegantísimas mujeres y de caballeros no ménos elegantes, pero más afeminados que éstas, acababa de cantar la señorita de R***, y se la aplaudia con entusiasmo. El jóven Delbís no conocía entre los concurrentes más que á la señora de la casa y se apresuró á saludarla con bastante *gaucherie*. Al terminar una de esas frases de cajon que se ocurren á todo aquel á quien no se le ocurre nada que decir, oyó á su espalda un sonoro *Bis!* Se volvió hácia el sugeto que lo habia proferido y le saludó con una profunda inclinacion de cabeza. Miétras trataba de recordar dónde podria haberle conocido aquel caballero, se

oyó otro *Bis!* á la derecha, seguido de otros dos hácia la izquierda y acompañado de seis más hácia el centro, hasta que todas las bocas masculinas y femeninas se abrieron para repetir el apellido abreviado del jóven Arturo: *Bis! Bis! Bis!* El provinciano no sabia á dónde acudir para devolver tantos saludos, y su cabeza, inclinándose y levantándose sin cesar, imitaba con toda perfeccion las de esos conejitos de yeso que hacen las delicias de los muchachos. Cuando comprendió su error, notando que los *Bis! Bis!* se dirigian á la señorita que acababa de cantar una pieza de Verdi y que volvía á acercarse al piano para repetirla, se puso *ipso facto* colorado hasta lo blanco de los ojos y fué á sentarse á un extremo del salon, entre una señora ya algo *fané* y un caballero de irreprochable *tenue*, que así podía ser un jóven avejentado como un viejo rejuvenecido.

Por *si fortè*, el pobre Arturo, temeroso de encontrar miradas burlonas y sonrisas equívocas, separó su atencion y su vista de la concurrencia y las concentró en la cantante. Delbís no tenia instinto filarmónico, no habia asistido jamás á la *audicion* de una obra lírica, ni pisado el *foyer* ó la *coulisse* de un teatro; pero tenia un corazón de diez y ocho años, y la señorita de R*** tenia por su parte un rostro *piquant*, unos ojos al picrato de potasa, un talle flexible, unas formas robustas y una voz seguramente ménos flexible que el talle, pero tan robusta como las formas. ¿En qué pensaba Arturo miétras devoraba con la vista la única cosa devorable que habia en la señorita de R***, esto es, la parte plástica, tangible, corpórea, las primeras materias, digámoslo así, de aquel bello producto de la naturaleza? Puede inferirse por la siguiente exclamacion que se le escapó y que debia ser la síntesis de sus abstracciones mentales:

—¡Preciosa! ¡Lindísima!

—¡Hola! le dijo su vecino de asiento con cierto aire afectado de *bonhomie*; ¿parece que le gusta á Vd. la *cavaletta*?

—¿Cómo ha dicho Vd. que se llama?

—*Cavaletta*. ¿No lo sabia Vd?

—No, señor: como sólo hace dos dias que estoy en Madrid... Pero es muy bonita, lo confieso.

—Y muy brillante, llena de nervio, de expresion...

—Parece que la conoce Vd. á fondo, le interrumpió el jóven con cierta amargura en que se reflejaba un *eclair* de celos.

—Ya lo creo, contestó su interlocutor con fatuidad; desde que vió la luz. Así es que ya, francamente, despus de verla tan vulgarizada, tan manoseada...

—¿Qué está Vd. diciendo?

—Lo que Vd. oye: es una lástima que haya caído bajo la férula de musiquillos de tres al cuarto... La han prostituido.

—Pero, ¿de quién habla Vd?

—De esa *cavaletta* que está Vd. oyendo.

—¡Imposible!... O quiere Vd. burlarse de mí, ó se hace eco de una miserable calumnia.

—¡Eh, caballero! Nada de *gros mots* en este sitio. Es Vd. bastante jóven, aunque no tanto que no haya debido recibir alguna leccion de urbanidad... Pero no hagamos de una *niaiserie* un *cassus belli*. ¿Por qué diablos toma Vd. tan á pechos la *plaidorie* de esa *cavaletta*?

—Porque... porque me gusta, porque me encanta y daria por ella...

—Dos pesetas le costará á Vd. en casa de Eslava.

—No admito esa clase de chanzas...

—Con acompañamiento de piano...

—Le digo á Vd. que no consiento...

—Hombre, lo que yo no consiento y lo que ya me va cargando un poco es esa quijotesca susceptibilidad que no viene á cuento.

El diálogo iba tomando color, y las contestaciones amenazaban convertirse en argumentos *ad hominem*, cuando la señora que estaba sentada al otro lado de Delbís se creyó en el caso de lanzar su *quos ego* sobre aquel oleaje alborotado.

—¿De qué se trata, señores! dijo, dirigiéndose con *sans-façon* de buen tono á los contendientes; parece que discuten Vds. con alguna más vivacidad de la que permiten las conveniencias...

—Sea Vd. juez, marquesa, contestó el viejo verde; este caballero me apostrofa porque cree que hablo con poco respeto de una pieza de música que, por lo visto, es para él el *non plus ultra*, el *sancta sanctorum*...

—No es eso, interrumpió el jóven; este caballero pretende que la señorita que está cantando...

—Pero si no me he ocupado para nada de la señorita de R***.

—No se trata de la señorita de R***, sino de la señorita de Cavaletta...

—Señores, exclamó la marquesa, aquí hay un *quid pro quo* que conviene deshacer *incontinenti*. Lo habia



EL SASTRE DE ALDEA, DIBUJO DE D. VALERIANO BECQUER.

adivinado y por eso he tomado cartas en el asunto, asunto que no debe tratarse *ab-irato* ni dejarse *sub-judice*, asunto...

Y ahora que escribo esta palabra ASUNTO, necesito entonar el *mea culpa* é impetrar aunque sólo sea el *minimum* de la misericordia de mis lectores. Sí, lo confieso, lo proclamo *ex toto corde*: otra vez he perdido la pista de mi asunto por meterme á contar lo que á nadie le importa. Pero no es esto lo peor, sino que, á la altura en que se encuentra este artículo, ni puedo ya acabar de referir la *mesaventure* del jóven Arturo, ni mucho ménos esplanar mi tema, que podría llamarse el *noli me tangere* segun se resiste á las embestidas de mi pluma.

BANQUETE DEL 16 DE MAYO.

Caprichos de la mudable y arbitraria fortuna, complicaciones históricas cuyo origen y consecuencias fuera enojoso reseñar, acontecimientos políticos de varia y no siempre bien apreciada naturaleza, concurrían por distintos caminos y modos diferentes á mantener vivos é irritados entre españoles y lusitanos, sentimientos de recelo é indiferencia, ya que no de ódio y de venganza. Hubiérase dicho al fijarse hace algunos años en las relaciones internacionales de Portugal con España, que estos dos pueblos, hermanos por su filiación etnológica,

Nació el noble propósito de estrechar las relaciones entre ambos pueblos, y sobreponiéndose á toda suerte de reparos y contradicciones, alimentándose sólo en grandes propósitos y elevados fines, este es el día que se le vé crecer y dilatarse por las esferas de la opinion, sin tropezar ya con obstáculos que en su marcha le detengan. Si se han desautorizado por sí mismas las ideas de invasion y de conquista, si españoles y portugueses sentímos y fomentamos aquella aspiración sobre la base de la autonomía propia de cada pueblo, cierto es también que allende y aquende el Algarbe notábase algo parecido al deseo de una mútua compenetración que, de realizarse, conservará la división política que actual-



LA CARTA DE RECOMENDACION, DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER.

E pur si muove, y sin embargo, yo tengo asunto; pero me falta espacio, *malgré* mi buen deseo, para desarrollarle, y me falta resolución para decir clarito á mis lectores: *lasciate ogni speranza*...

¿Que no tengo asunto, dicen Vds.? ¿Que me he echado á la *vita bona* y que me pongo á embadurnar cuartillas *ad libitum*, sin plan ni concierto?... *Vade retro*: eso no entra en mis principios, y en prueba de ello voy á copiar literalmente el apunte que habia tomado para hiltanar este artículo. Dice así:

«Censurar la manía pedagógica de algunos escritores que introducen en sus obras palabras de otro idioma, creyendo así demostrar riqueza de erudición, cuando en realidad sólo revelan pobreza de ingenio.»

Este debía ser el tema de mi artículo si no me hubie- ra entretenido en divagaciones. No sé si en lo que llevo escrito habré tenido algun *lapsus lingue* ó se me habrá deslizado alguna voz extranjera, á pesar del cuidado con que procuro huir de tal escollo; pero si así fuese, táchela el lector y... *finis coronat opus*.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

hermanos por su historia, por sus desgracias y sus triunfos, antes que dos naciones vecinas representaban dos Estados enemigos, divididos no por barreras naturales, no por altas y abruptas montañas, ni anchos mares, sino por rivalidades tan profundas como la distancia que les separaba en cuanto mira al génio, carácter, costumbres y aspiraciones. Si allende las orillas del Guadiana la hermosa lengua de Cervantes era punto ménos que desconocida, si las cosas de España no privaban en las egregias mansiones cuyos cimientos bañan el Tajo y el Duero, si el portugués mostrábase más aficionado al hijo de la Gran Bretaña que al descendiente quizá del propio Viriato, también entre nuestros conciudadanos notábase el mismo desden é inexplicable retraimiento, la misma funesta negligencia y apatía en orden á cuanto pudiera afectar al pasado, al presente ó al porvenir de los portugueses. No vulgarizada su historia, casi ignorada su literatura, ajenos al movimiento de renovación que impulsaba á la nación portuguesa, solíamos pedir auxilio á libros franceses, cuando la necesidad ó el incentivo de lo desconocido nos llevaba á querer inquirir algun extremo relacionado con su cultura y sus progresos.

Publicistas distinguidos imaginaron al fin que no era patriótico permanecer indiferentes ante espectáculo tan extraño y desagradable.

mente nos separa; pero que habrá de acercar los intereses respectivos, hoy al parecer un tanto divergentes, hasta fundirlos bajo el imperio de una relación superior de unidad y de armonía.

Grato fuera reseñar los generosos esfuerzos que en pro de este mútuo acuerdo se han hecho por individualidades aisladas. La enumeración de esas tentativas, más laudables que felices, diría hasta qué punto las preocupaciones sostenidas por la política que no se inspira en aquello que á los pueblos conviene, sino en el egoísmo de los que mandan, retardó el advenimiento de un día que no por haber sido largamente esperado hubo de producir menor júbilo y contentamiento. El banquete ofrecido por la prensa á los portugueses que vinieron á Madrid con ocasión de las fiestas de su Patrono, ha sido como el reconocimiento oficial hecho por nuestro país de las miras y tendencias de antaño sostenidas por el periodismo. Porque es preciso y justo decirlo: el periodismo fué el que con su pluma acometió la ruda tarea de destruir la valla que de Portugal nos separaba; el periodismo ha sido el que ha hecho posible la fiesta del 16 de mayo, con razón calificada de acontecimiento nacional. Reunidos en el histórico salon de columnas del Municipio, esto es, en el sitio más preferente de la casa del pueblo, portugueses y españoles, celebróse el banquete con que los periodistas de Madrid obsequiaban á los es-

critores de Lisboa. Y no fué en verdad ni lo suntuoso de la bien aderezada pieza, ni el esquisito gusto con que Lhardy sirviera la comida, ni los acordes de las músicas tocando el himno nacional lusitano, lo que más debió impresionar á los concurrentes: lo que realmente les impresionó fué la significacion altísima de aquella fiesta, su carácter patriótico y al mismo tiempo fraternal, las doctrinas que se sentaron, los votos que se hicieron y la madurez en que hubo de ofrecerse la idea que acogen todos los partidos, sin que pueda despertar recelos ni entre los más intransigentes. Poco importaba que el número de portugueses fuera relativamente escaso; nada que entre los españoles no hubiera más que vecinos ó residentes en Madrid; el abrazo que allí se dieron unos y otros fué el abrazo de dos pueblos, y los vivas que resonaban en loor de ambas naciones, habian de encontrar eco en el pecho de todos los peninsulares.

Por primera vez, de una manera pública y solemne, Portugal y España se han acercado hasta estrechar sus manos en prueba de concordia y buena inteligencia. No ha sido éste un acto político ni una ceremonia diplomática, sino un gran suceso de la vida civil de dos nacionalidades viriles que tienen la conciencia de sus destinos. Comprendióse al cabo que España y Portugal deben caminar unidas, si han de pesar en la balanza de las naciones civilizadas, y esta union fraternal tan desdenosamente mirada hasta aquí por algunos, es ya planta lozana cuyos sazonados frutos recogerá la generacion contemporánea. El banquete de la casa de la Villa, al que LA ILUSTRACION DE MADRID consagra una lámina dibujada por el hábil artista Sr. Pellicer, además de esta pálida reseña, es la piedra fundamental del edificio cuyo coronamiento alcanzarán nuestros hijos. Los entusiastas discursos de Alves Matheu, Tiberio, Moreno Nieto y Castelar; las discretas frases de Escobar, despojando al banquete de todo carácter político; las oportunas palabras de Albareda, atribuyendo á la prensa periódica la gloria principal de aquel resultado; la adhesion ingénua de Galdó, como alcalde de Madrid; la intencionada arenga de Soler, los versos de Palacio, manifestaciones fueron del generoso pensamiento que bullía en todas las cabezas y ligaba todas las voluntades. Presentes se hallaban robustos defensores del credo liberal en sus varios matices, desde el conservador puro hasta el democrático: cerca del monárquico velase al republicano, junto al diputado que defiende lo existente, al que halla patriótico moverle cruda guerra, y sin embargo, frente á frente de nuestros huéspedes desaparecieron todos los colores, todas las quejas, todos los resentimientos, todos los fines personales ó de partido, para dejar plaza sólo á la conveniencia de los dos pueblos ibéricos, para prescindir de todo, por alto que fuera, y sólo conceder importancia á lo que sin género alguno de duda habria de obtener simpatías lo mismo bajo las frescas arboledas de Cintra que en las perfumadas márgenes del Guadalquivir.

Contemplamos excusado detallar lo ocurrido en el banquete de la noche del 16, cuyo recuerdo vivirá eterno en el pecho de cuantos se interesen por el porvenir de los dos Estados hermanos que ocupan la Península. La prensa periódica ha consagrado largos artículos á esa fiesta, y públicos son sus pormenores. Pero cúmpenos, ya que tampoco nos sea dado reproducir los brillantes brindis y discursos que oímos, lo mismo en boca de los portugueses que en los labios de nuestros compatriotas, felicitar calorosamente á los iniciadores de la fiesta, que no sólo han merecido bien de la patria y de la civilizacion con su acuerdo, sino tambien por el éxito feliz que ha coronado su laudable empresa. Ya lo hemos dicho: reunidos se encontraban en el salon hombres de las más opuestas procedencias y doctrinas; representadas estaban en él la ciencia, la literatura, la administracion, la diplomacia, la medicina, el arte, las profesiones industriales, y no obstante, ni el más leve incidente, ni una sola frase vino á desentonar el magnífico cuadro que se ofreció á la contemplacion y á la simpatía de todas las personas ilustradas.

LA ILUSTRACION DE MADRID, que, como es notorio, se ocupa de Portugal frecuentemente, ya describiendo sus monumentos, ya dando á conocer sus poetas y escritores, hace sinceros votos por el porvenir de ambas naciones, y desea que al regresar á sus hogares los distinguidos viajeros, les acompañe el juicio más halagüeño tocante á la lealtad y pureza de los sentimientos amistosos de que han hecho alarde los españoles.

FRANCISCO M. TUBINO.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Una honrada mujer que nos adore,
Hijos en cuya frente resplandezcan
El honor y el saber; salud durable;
¡Los bienes son que valen en la tierra!

Ni del arpa los sonos melodiosos,
Ni el susurro del áura, ni los trinos
Del dulce ruiñeñor, nada resuena
¡Como la voz de los amantes hijos!

Ni dignidad, ni honor á cortesanos,
Ni otra cosa que aplausos les demandes.
La historia nos refiere que aplaudieron
Cuando Neron asesinó á su madre.

De manos del verdugo, en sangre tinta,
Bonaparte recoge la diadema;
Y Washington, más grande y generoso,
La corona conquista y la desdena.

No en la tribuna cuando airado exclama
¡Loemos la virtud, horror al vicio!
En el hogar do nadie le contempla,
Estudiar nos conviene al hombre público.

M. ORTIZ DE PINEDO.

TABLA ANTIGUA.

ENTIERRO DE SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO.

Pasando el Sr. Becquer por un pueblo de Castilla, vió que servía de tapadera á una tinaja la tabla esculpida, cuya copia aparece en la página primera de este número. La obra es de medio relieve, está pintada de varios colores, y parece que su autor tuvo presente algo antiguo, si bien no supo conservar el carácter. Cuanto digamos sobre el particular es demás, pues basta ver el grabado, que no es sino traslado fiel de la escultura.

El cadáver de San Pablo yace desnudo en tierra, mientras un león se dispone á ahondarle la sepultura. Sobre la cabeza del Santo, y teniendo por basa una como calavera, está la cruz, erguida, y al lado un jarrón de azucenas (?), en que, sin duda, quiso el artista representar la pureza de alma del difunto. Ocupa un lado de la tabla San Antonio, en pié, con el báculo en una mano y á sus plantas el cerdo, cuya cabeza es lo único que se vé.

Esta escultura es al presente propiedad del Sr. Vallarino.

F. F.

DON FRANCISCO SANTA CRUZ.

Más de la mitad del siglo presente ha trascurrido, y los días, en su rápido curso, van arrebatando á España aquellos hombres que, sin medios de publicidad y sin las facilidades que por las conquistas del progreso tienen las ideas para su propaganda, lucharon abiertamente contra el absolutismo, tanto más repugnante y arbitrario, cuanto que el poder que lo sostenía era producto de la libertad proclamada en Cádiz, y del amor de un pueblo indomable y generoso. La fecunda semilla arrojada al viento por los sublimes legisladores del año 12, cayó, sin embargo, en buena tierra, y una juventud ilustrada y liberal se aprestaba á seguir las huellas de sus maestros, en tanto que la tiranía y la ingratitud poblaban las cárceles de mártires y llenaban de sangre los cadalsos. Sólomente aquellos que lucharon entonces y que sobreviven á antiguas penalidades y á presentes trastornos pueden apreciar la inmensa distancia recorrida por los españoles en el camino del progreso, y, cualquiera que sea el punto de la política que ocupen los diversos campos y banderías de la generacion presente, todos deben inclinarse, con el respeto de la admiracion y con la ternura de la gratitud, ante las nobles canas de los que, en épocas más temibles, rompieron con bravo empuje la secular muralla del absolutismo; abriendo ancha puerta al torrente de las libertades, bálsamo de nuestras crueles heridas tradicionales y segura esperanza de nuestra regeneracion futura. Como han desaparecido del mundo de los vivos los legisladores del año 12, dentro de poco tan sólo la fama de otros hechos será el póstumo galardón de sus herederos inmediatos y de aquella

juventud que escuchó alborozada y repitió valiente el grito de Riego en las Cabezas de San Juan, no quedará ni un representante con cuyo trato nos honremos.

Uno de los más entusiastas y activos, de los más generosos é independientes, fué en aquella época memorable el importante hombre público á quien hoy consagramos estos insignificantes apuntes y el excelente retrato que podrán admirar nuestros lectores.

Nació D. Francisco Santa Cruz el año 1802, en Orihuela, donde en 1820 se alistó en la Milicia Nacional, despues de haber proclamado Riego la Constitucion; pero al perder España sus libertades el 23, tuvo que abandonar con toda su familia el pueblo natal, trasladándose al de Griegos, en la provincia de Teruel, donde no logró verse libre de las persecuciones y disgustos á que se vieron condenados los liberales durante la vida del rey. Pero ni el continuado peligro, ni el cuidado de sus intereses, apartaron al Sr. Santa Cruz de sus constantes ideas, y tanto en vida de Fernando VII como durante la guerra civil, siguió la suerte del partido liberal, logrando ser uno de los hombres más influyentes en la provincia, sobre todo en el partido de Albarracin.

Realizado en 1840 el pronunciamiento de setiembre, la Junta de gobierno de Teruel le nombró jefe político, cargo en que le confirmó la Regencia, despues de haber él cedido, contra la voluntad de todos, su sueldo á favor de los establecimientos de beneficencia, en cuyo destino continuó hasta renunciarlo con insistencia, despues de los acontecimientos del 43.

Afiliado al partido progresista, fué uno de sus hombres más notables, logrando en 1851 ser electo diputado por el distrito de Albarracin. En aquella legislatura combatió fuertemente la reforma de Bravo Murillo, y trabajó sin descanso para derrotar al gobierno en la eleccion de la mesa, firmando, como individuo del comité progresista, el manifiesto que produjo la caída de Bravo Murillo.

Reelegido en 1853, fué el candidato de las oposiciones para la presidencia del Congreso, y despues de la revolucion del 54, nombrado ministro de la Gobernacion en 30 de julio. Sus primeros actos fueron convocar las Córtes Constituyentes y restablecer la ley de Ayuntamientos y Diputaciones del 3 de febrero del 23, y la antigua ordenanza de la Milicia Nacional.

Electo diputado por Cuenca y Teruel, optó por esta, y durante los diez meses que ocupó el ministerio, su actividad y celo se hicieron proverbiales, economizando 1.000.000 de reales en el departamento central, y sujetando la imprenta al jurado.

Su actitud firme y enérgica, queriendo legislar sobre las atribuciones de la Milicia, produjo al fin una crisis, presentando su dimision con los Sres. Luzuriaga, Aguirre, Madoz y Lujan. Pero apesar de esto, ó mejor á causa de las dotes que como hombre práctico y de gobierno demostrara, aumentóse su importancia en la Cámara Constituyente, que le eligió para que tomase parte en la confeccion de las leyes de instruccion pública, de sociedades de crédito y de organizacion de la administracion municipal y judicial, siendo además nombrado individuo de la junta consultiva de Ultramar, y en 7 de febrero del 56 ministro de Hacienda, apesar de su repugnancia por este espinoso cargo. Su gestion fué en alto grado honrosa para su fama; pues al aprobarse los presupuestos, que presentó en 16 de abril, se declararon los fondos en alza, permitiéndole esto hacer una operacion ventajosa, amortizando parte de la Deuda flotante del Tesoro y reduciendo á 2 por 100 el descuento; medidas que le valieron un voto de gracias en las Córtes.

Despues de los sucesos de julio del 56, quedó afiliado con otros ilustres progresistas al partido de la union liberal, siendo reelegido en 1858.

Durante los cinco años en que gobernó al país el ministerio O'Donnell fué uno de sus más constantes y caracterizados apoyos, ya en la presidencia del Tribunal de Cuentas, ya como gobernador del Banco.

Presentes á la memoria de todos están sus actos durante la revolucion, en cuyo difícil período ha probado más y más lo patriótico de sus fines y lo práctico de su conducta, siendo hoy el jefe caracterizado de los individuos de su partido que aceptaron sin reservas el acuerdo de las Córtes Constituyentes y la Constitucion del 69. Electo senador y presidente del Senado, continúa prestando sus desinteresados y útiles servicios al país y á la libertad, únicos objetos de sus afanes y de sus deseos en su tan larga cuanto honrada, digna y respetable carrera política.

Tal es la vida del hombre público. Su moralidad intachable, sus austeras costumbres, su trato agradable y franco y su bondad nunca desmentida, forman el simpático tinte de su vida privada, hasta el punto de que, si bien tiene adversarios políticos, estos mismos son

los primeros en ufanarse y complacerse con su amistad personal, en acordarle las muestras de respeto y cariño que por sus virtudes y no comunes prendas se conquista.

R. CORREA.

METAMORFOSIS.

--Madre, dice la niña,
 Cuando el gusano
 En el blanco capullo
 Queda encerrado,
 Este se abre
 Y de él la mariposa
 Radiante sale.
 Cuando mueren las flores
 En el invierno,
 De la oscura simiente
 Que cae al suelo
 Brota altanera
 Otra flor más hermosa
 En primavera.
 ¿Cómo es que aunque se mueren
 Flor y gusano,
 Nacen á nueva vida
 Regenerados,
 Y no volvemos
 Á la vida nosotros
 Despues de muertos?
 --Sabe, dice la madre,
 Que de la cuna
 Es hermana gemela
 La sepultura:
 La muerte es sueño
 De que nos despertamos
 Cuando nacemos.
 Gusanos de la tierra
 Somos los hombres,
 Y es la tumba el capullo
 Que nos esconde,
 Y que rompemos
 Para ser mariposas
 Que van al cielo.
 Puente es la vida que une
 Dos infinitos,
 Y nacimiento y muerte
 Son sus estribos:
 ¡La tumba es cuna
 Y á la cuna venimos
 Desde la tumba!

MANUEL DE LA REVILLA.

INAUGURACION

DE LA EXPOSICION ARTÍSTICA É INDUSTRIAL,
 EN EL PARQUE DE MADRID.

El día 12 del actual se verificó la inauguracion de la Exposicion que, á costa de grandes sacrificios y loables esfuerzos, ha realizado la sociedad *El Fomento de las Artes*, asistiendo S. M. el rey á este acto, acompañado de los señores ministros de Fomento y Hacienda, y de las autoridades popular y civil de la provincia.

El presidente de la Sociedad y los individuos designados al efecto, recibieron á S. M. y le acompañaron despues por el interior del salon de los Próceres, y en su visita á los diferentes departamentos donde se encuentran expuestos objetos artisticos é industriales.

Los costados de la ancha escalinata que conduce al edificio de la Exposicion estaban revestidos de frondoso follage, y la fachada de aquel engalanada con escudos, banderas y gallardetes, tal como la representa el exacto grabado que en este número ofrecemos á nuestros abonados.

La importancia de esta Exposicion exige que de ella nos ocupemos con detenimiento, y así lo haremos en alguno de los próximos números.

CARTAS FASHIONABLES.

Madrid, 22 de Mayo de 1871.

"Dime con quién andas y te diré quién eres", es un proverbio español tan popular como exacto.

Brillat Savarin ha formulado el mismo pensamiento en términos semejantes, pero alusivos al arte á que dedicó su vida: "Dime lo que comes y te diré lo que eres".

Y yo, haciendo aplicacion de la propia idea á asunto distinto, diré que más todavía que nada revela las tendencias y aficiones del individuo la manera como tiene adornada y dispuesta su casa.

Entra Vd. en el cuarto de una señora, y encuentra en todas partes flores; en todas partes perfumes: sobre la mesa las obras de Byron y de Alfredo de Musset; las poesías de Espronceda y las doloras de Campoamor... Pues bien puede asegurarse que esa persona posee un alma elevada y generosa; una organizacion apasionada y ardiente, capaz de grandes y de nobles sentimientos.

Por el contrario, penetra uno en la habitacion de la mujer frívola y disipada, y desde el principio descubre el carácter y las inclinaciones de su dueña.

Ni un solo objeto de arte; ni un cuadro, ni más grabados que los figurines del periódico de modas.

Tendido en un divan se ve el traje que la Honorina, la Conti, la Fleury, ó cualquiera otra célebre modista acaba de traer para el baile de aquel día; sobre un velador un guante desgarrado y un ramillete seco, trofeos del baile de la víspera; encima de la piedra de la chimenea, el billete del palco del teatro adonde irá algunos momentos ántes de asistir al sarao.

Huyamos, huyamos pronto del lado de esa mujer, aunque sea linda, aunque tenga ingenio, porque de seguro carece de corazón. — Si es casada, no amará á su esposo; si es madre, amará poco á sus hijos. — Para ella no hay más que un culto en la tierra: — el del lujo, el de la ostentacion.

Y despues introduzcámonos en la casa inmediata: veamos qué orden, qué limpieza, qué suave atmósfera reinan en ella!

En un lado la cuna, con su colgadura de muselina blanca; más allá una mesita con avios de costura. La cariñosa madre no emplea su tiempo en ejecutar esos mil primores de *crochet* ó de aguja, tan bonitos como inútiles; sino que se ocupa en bordar pantalones para su hijo, en festonear mantillas para el que va á nacer, en arreglar la capa con que se le ha de cubrir el día del bautizo.

Esta no es el tipo de la dama elegante y rica, sino el modelo de la mujer honrada, hacendosa y modesta.

En un lado hay un reclinatorio; encima del tocador un devocionario, más allá un libro de historia... Todo prueba que la que reside allí es también religiosa é instruida.

Floretes, pistolas, fusiles, hachas... Nos hallamos en el cuarto de un militar ó de un fanfarron, que quiere meter miedo á todo el mundo con el imponente aspecto de aquella numerosa armería.

Sin embargo, es muy posible que su mano inofensiva no haya esgrimido nunca un sable ni disparado un revolver; es muy posible que semejante aparato belicoso encubra las inclinaciones pacíficas de su dueño, como el espantajo que los hortelanos colocan en ciertos sitios sólo revela el temor de que los pájaros destruyan los frutos de la tierra.

Si el personaje de quien tratamos habla á cada instante de sus batallas y de sus duelos; si nos cuenta las heridas que recibió en unas y en otros, sin enseñar cual prueba profundas y gloriosas cicatrices, es porque pertenece á la especie de los que los franceses llaman *poseurs* y los españoles farsantes.

Donde ese tenia armas, éste tiene libros; pero así como aquellas ostentaban todo el brillo de su virginidad, éstos revelan una pureza no menos inmaculada.

En algunos no ha habido siquiera tiempo para abrir sus hojas; en otros la encuadernacion nueva y flamante descubre que ninguna mano los ha cogido aún para consultarlos.

El pseudo valiente era un collon; el pseudo sabio es un ignorante. — Háblele Vd. de Virgilio ó de Schiller, de Ciceron ó de Lope de Vega, de Chateaubriand ó de Hegel, y permanecerá mudo; pregúntele Vd., empero, el número de volúmenes que hay en su biblioteca, y responderá de corrido, como el muchacho que ha estudiado bien su leccion:

—Tengo dos mil volúmenes: la mitad de obras literarias y filosóficas; cuatrocientos de ciencias y de artes; doscientos manuscritos..., etc., etc.

En cuanto se pone el pié en el estudio del verdadero sabio, no hay nada que no descubra sus ocupaciones y sus instintos.

No están los libros simétricamente colocados, sino

revueltos y confundidos unos con otros; no se ven tan sólo en los estantes, sino en la mesa de trabajo, sobre la chimenea y hasta sobre las sillas.

Aquí hay un busto de Corneille ó de Cervantes; allí un bajo relieve de Torwaldsen ó un retrato pintado por Palmaroli; más allá un vaso etrusco ó un plato del Japon.

El hombre superior ó eminente no estima únicamente las obras que pertenecen á su especialidad, sino que comprende en su admiracion todas las producciones del saber humano. Si es filósofo, honra la poesía; si es artista, aprecia la literatura; si es poeta, lo mismo ensalza las sublimes inspiraciones de Fray Luis de Leon y de Rioja, que los destellos del genio de un pintor ó de un músico...

Estas reflexiones hacia yo noches pasadas al subir la escalera del lindo palacio de los marqueses de Villaseca, donde iba á tener efecto un magnífico baile.

Entré en los salones, iluminados—segun la frase de ordenanza—*á giorno*, y me dediqué á observar y á examinarlo todo.

Despues de haber recorrido aquellas soberbias y lujosas estancias; despues de introducirme en el *boudoir* de la marquesa y en el despacho del marqués; despues, en fin, de visitar hasta el último rincón de la casa, formé mi opinion acerca del carácter y de las aficiones de sus dueños.

—Ella, me dije, es el tipo de la mujer culta y elegante: su alma posee todas las delicadezas, todos los instintos del buen gusto, y se revela lo mismo en sus *toilettes* que en el adorno de sus aposentos.

Para vestirse no elige las telas ricas y pesadas, como el terciopelo y la seda, sino esas otras ligeras y vaporosas que convierten en hadas á las que se envuelven en ellas.

En su cabeza se ven ménos veces los costosos aderezos, donde el brillante alterna con la esmeralda, y el rubí con la perla, que las hijas perfumadas de los campos, ó las que tan bien imitan las floristas parisienses.

En su *boudoir* se notan iguales instintos: el lujo está disimulado bajo las apariencias de la sencillez; el arte surge entre las manifestaciones del lujo. Los bronceos magníficos, las porcelanas de Sajonia ó de Sevres, las miniaturas y los esmaltes antiguos; descubren el culto que se rinde allí á todo lo grande y á todo lo bueno.

Cuadros de mérito, estatuas bellísimas, mármoles y mosaicos de valor, publican que el marqués tiene las mismas aficiones que su graciosa compañera. — Entrando en su cuarto se puede conocer que no cree incompatible el estudio y los nobles ejercicios varoniles: figuran allí excelentes libros junto á magníficas armas; recuerdos y trofeos de cien cacerías cerca de borradores y apuntes literarios.

Si fuese indiscreto, podría escudriñar en los cajones de su mesa, y tropezaría con algo digno de darse á la estampa; si me propusiese divulgar secretos, fácil me fuera robar algunos versos dignos de no vivir en la oscuridad donde los guarda la modestia.

Pero es ésta en el hombre tan respetable como el pudor en la mujer, y ante ella deben ceder el deseo y la curiosidad.

La marquesa halló lugar y espacio suficientes para recibir á sus numerosos convidados; para ocuparse incesantemente de ellos, informándose con verdadera solicitud de cuanto pudiesen apetecer; en fin, para dirigir un largo y delicioso cotillon con el Sr. Pignatelli.

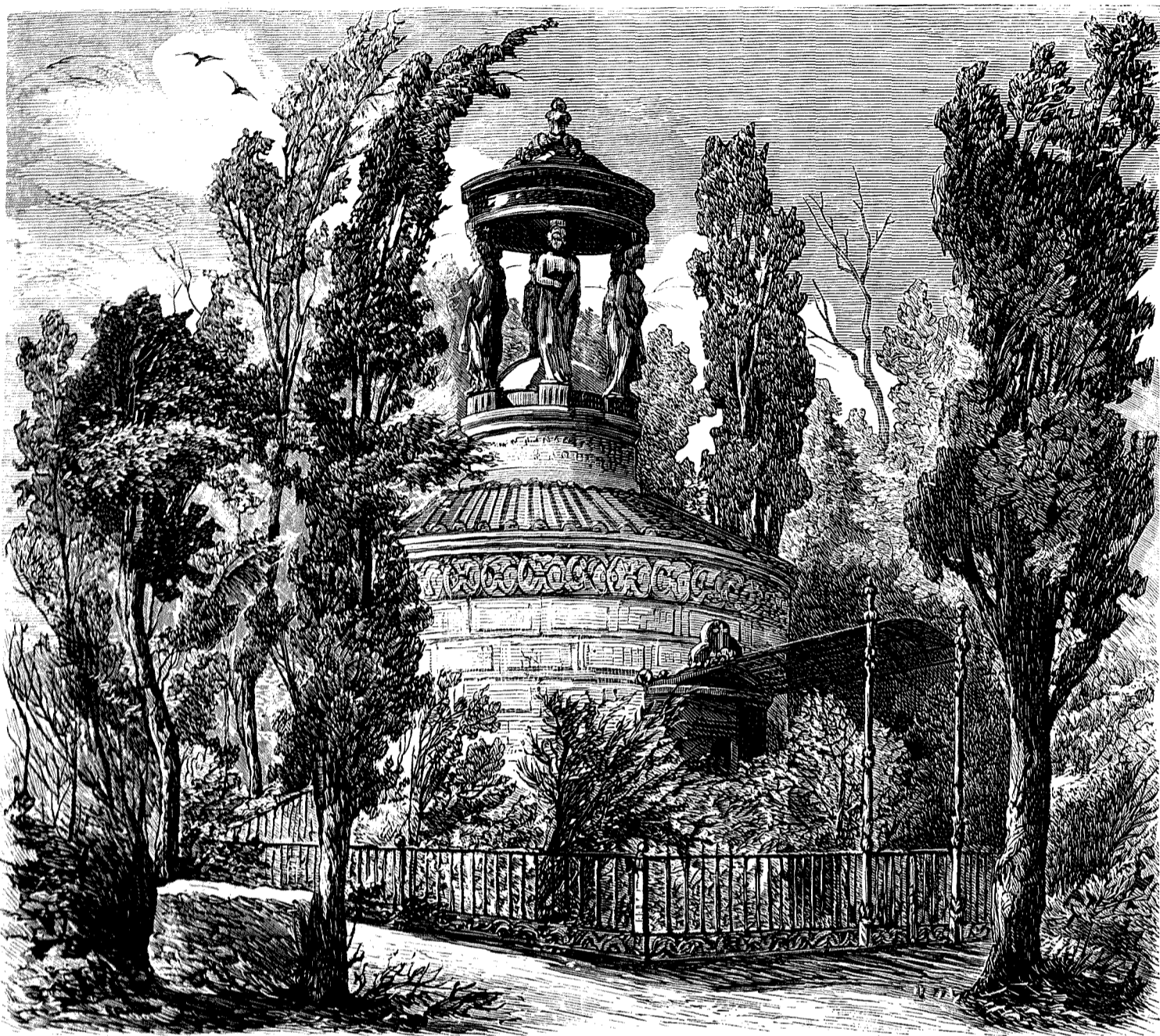
¿Cómo — me preguntaba yo á mí mismo — es posible hacer tantas cosas en seis horas? ¿Posee, por ventura, algún secreto mágico que la permite reproducirse, para estar aquí y allí al propio tiempo?

Verdad es que el marqués la secundaba admirablemente, y que el uno se completaba con el otro. — Una sola voluntad y dos cuerpos distintos: hé aquí la explicacion de semejante maravilla.

Seguramente la fiesta de los marqueses de Villaseca habrá sido la postrera de la temporada, como fué una de las mejores de toda ella.

La víspera se había bailado aún en la legacion de Prusia; al juéves siguiente se bailó también en casa de los marqueses de Morante; pero en ambas partes por última vez.

La suspension de las *soirées* en calle de San Mateo, tiene por causa un tristísimo suceso: — el marqués de



PANTEON DE LA FAMILIA DEL MARQUÉS DE ESPEJA, DIBUJO DE PÍ DE LEOPOL.

Morante, persona tan estimada de cuantos le conoce, se halla atacado de una cruel enfermedad.

Los médicos le han prescrito vida tranquila y sossegada, que ha ido á hacer en un retiro profundo: en las Ermitas de Cordoba.—¡Pueda allí recobrar la salud, como lo desean ardientemente su familia y sus innumerables amigos!

Pero si no se baila ya en ningun salon, aún se reune la gente con otros pretextos: en el de la señora de Henestrosa, para ver cuadros vivos, ejecutados por una multitud de lindísimos niños; en el de los condes de Vilches, para asistir á una representacion dramática.

¿Cuándo se verificará esta?—No lo puedo decir: quizás la semana actual; quizás la próxima.—Lo único seguro es que los espectadores pasarán una noche deliciosa, á pesar del calor, admirando el incomparable talento de la condesa.—Ella no conoce dificultades ni géneros: lo mismo brilla en comedias del teatro antiguo como *La moza de cántaro*, que en piezas de indole tan opuesta como *L'urne*, de Octavio Feuillet; familiares le son el francés y el castellano; y con igual facilidad logra hacer reír que llorar.

El anuncio de esta funcion ha sido una sorpresa para la alta sociedad, que no esperaba ninguna ya en aquel templo del arte; pero el duque de Fernan-Núñez, ausente tantos años, está por breves dias en Madrid, y ha solicitado y obtenido ser juez de lo que no conoce sino por las descripciones de los periódicos, que le habrán dado una imperfecta idea del talento dramático de la condesa de Vilches.

Tambien parece que habrá representaciones en el

chalet de las Navas:—al menos la duquesa de Medinaceli las promete á sus amigos, en justa indemnizacion de la que estuvo á punto de verificarse el mes anterior, y que no tuvo efecto por una indisposicion repentina de la ilustre señora.

Los convidados irán en tren especial que pondrá ésta á su disposicion, y se les dará á escoger entre volver á la córte despues de la funcion ó pasar la noche en aquella suntuosa residencia.

Todo anuncia ya el estío que se acerca á paso de gigante: todo indica que va á empezar la época de los placeres campestres, de los viajes y de los baños de mar; es decir, la época anti-social por excelencia.

San Sebastian será este año, como el pasado, el punto de reunion de la gente *comm' il faut*, aunque parece que no ofrecerá los encantos—y los peligros—del último.

A peticion de muchas de las más importantes familias de la capital de Guipúzcoa, han sido prohibidos los juegos de azar que en 1870 atrajeron tantos incantos al palacio Indo y al Kursaal.

En lugar de las emociones de la ruleta y del treinta y cuarenta, los forasteros habrán de contentarse con las del teatro, donde Mariano Fernandez les hará desternillar de risa; y las del circo ecuestre, con su trapecio y sus vuelos aéreos.

¿Qué pensarán, pues, los especuladores que contaban con una cosecha de pesos duros tan abundante como la anterior? ¿Qué decidirán los que creian haber trasportado Baden á España?

¿Inventarán algun otro expediente que les haga ricos con igual facilidad?

La cosa es difícil, y me recuerda la contestacion de

un ministro de Hacienda, á quien un diputado rogaba que eliminase del presupuesto, por inmoral, el juego de la loteria.

—No hay inconveniente—repuso el hombre de Estado—pero búsqueme Vd. una virtud que me dé lo que produce ese vicio.

Lo mismo digo yo: búsquese un aliciente que sustituya al del *rouge et noir*... y de seguro no se encontrará.

ASMODEO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.		
Medio año.	42 »		
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		EN MADRID.	
Tres meses.	30 »	Tres meses las dos publicaciones.	28 rs.
Seis meses.	56 »	Medio año.	52 »
Un año.	100 »	Un año.	100 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		EN PROVINCIAS.	
Medio año.	85 »	Tres meses.	52 »
Un año.	160 »	Medio año.	90 »
		Un año.	170 »
AMÉRICA Y ASIA.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año.	240 »	Medio año.	200 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	Un año.	360 »